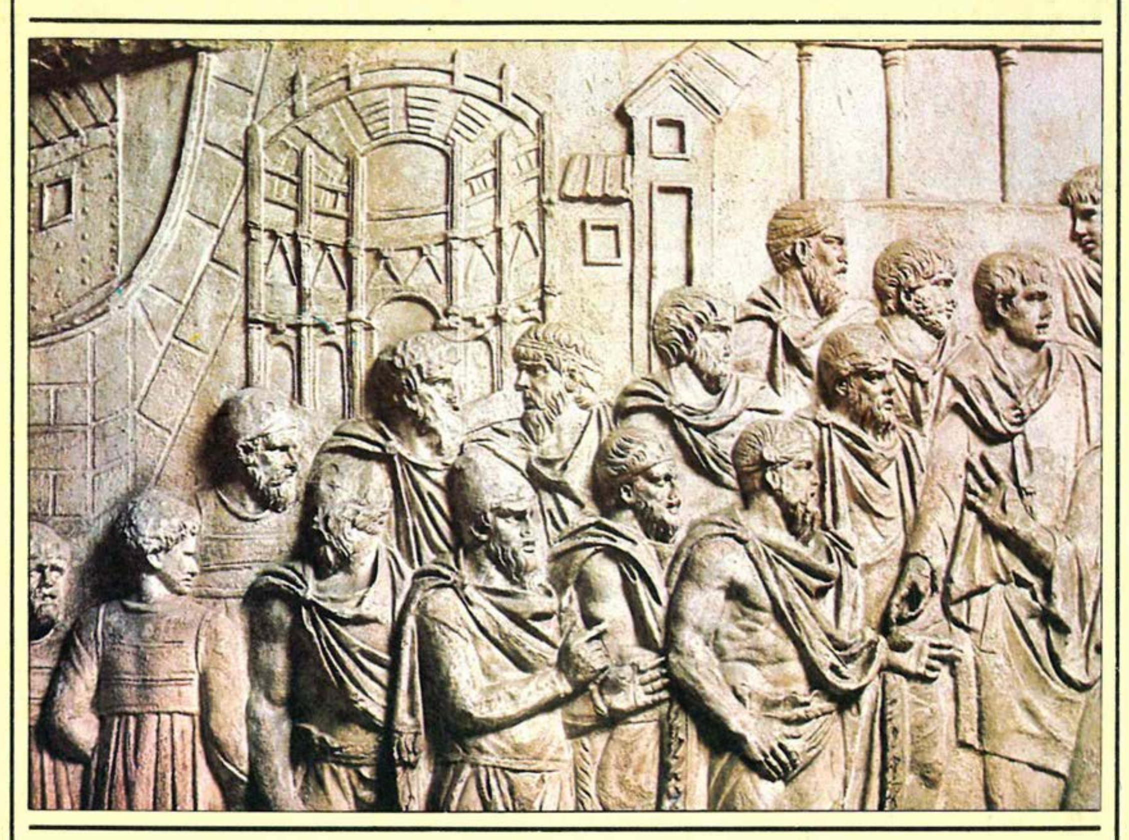
CUADERNOS historia 16

La caída de Roma

J. Fernández, J. Cabrera y J. M. Roldán



67

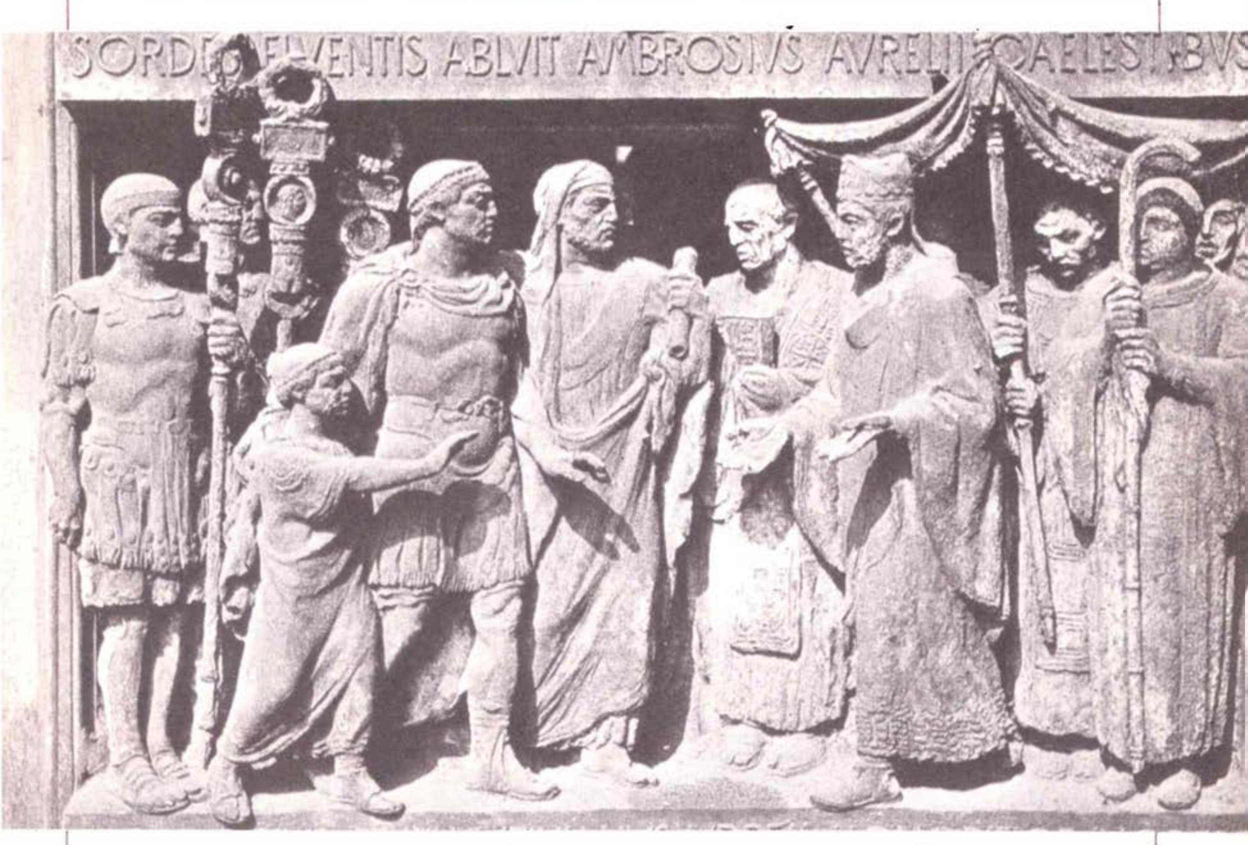
140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-1039-2. Tomo VII.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Escena de la vida de San Ambrosio (detalle de una puerta de la catedral de Milán)

Indice


Legionario romano
(bronce, Museo Nacional, Roma)

Elefante de guerra representado en un plato, recuerdo de las guerras contra Cartago (Museo Nacional, Roma)

Regreso de cuadriga triunfante (Villa Eulalia, Sicilia)

La caída del Imperio Romano

El definitivo hundimiento del Imperio Romano de Occidente, consumado en el año 476, es tradicionalmente considerado por los historiadores como uno de los momentos clave en la evolución de la Humanidad. Los efectos materiales de este hecho, culminación de un complejo y prolongado proceso, habrían de determinar a partir de entonces las formas de vida y pensamiento de la práctica totalidad de las poblaciones europeas, y por extensión las de la mayor parte de los habitantes del mundo.

El sentimiento de generalizada decadencia que define al mundo tardorromano no había hecho más que incrementarse a partir del siglo III, cuando el cristianismo comenzó a actuar activamente como instrumento debilitador de las estructuras imperiales. La permanente inestabilidad, la disgregación de los poderes y la anulación práctica de las instituciones existentes serían por entonces los signos más visibles de esta verdadera preparación para el fin.

En este Cuaderno, J. Fernández Ubiña estudia en primer lugar las diferentes visiones e interpretaciones que la posterior historiografía dio a este trascendental proceso. A continuación, Juliana Cabrera efectúa una aproximación a la existencia del Imperio durante los siglos que precedieron a su desaparición, desde perspectivas sociales, económicas, políticas y militares. Por último, José Manuel Roldán trata acerca del hecho material de las sucesivas penetraciones de elementos foráneos en el territorio romano, como imprescindible complemento a la consideración de su propia situación interna.



La ruina de Roma

Por J. Fernández Ubiña
Profesor de Historia Antigua. Universidad de Granada

EL decaimiento económico, las luchas sociales, la anarquía militar, el recrudecimiento de las invasiones bárbaras..., todas las adversidades que conmocionarán al Estado romano en su época de decadencia, parecen concertar su primera cita devastadora en las fronteras y en el interior del Imperio a inicios del siglo III.

Si en la centuria siguiente Roma es todavía el indiscutible amo del mundo, ello sólo será posible al precio de una profunda transformación de sus estructuras socioeconómicas, de los aparatos de Estado y hasta de las mentalidades; transformación que de ningún modo puede asimilarse a una evolución histórica armoniosa y orgánica, sino que expresa su naturaleza revolucionaria en el radicalismo y en la trascendencia de los cambios sufridos.

El precio de la continuidad incluye también la separación *de facto,* y ya irreversible, de las dos *partes imperii* desde el año 364, en que se acordó que el emperador Valentiniano administrase la parte occidental y su hermano Valente la oriental.

Tan drásticas medidas lograrán fortalecer y salvar Oriente, donde arraiga una combativa conciencia nacional que afirma con éxito su voluntad de dominación sobre el territorio de la vieja civilización helénica e impone el griego como idioma oficial. Pero si la *pars Orientis* inicia así una peculiar y brillante andadura (ésa será la historia del Imperio bizantino), Occidente queda aún más debilitado, incapaz de hacer frente a las amenazas internas y externas que se desencadenan desde finales del siglo IV.

A las derrotas militares frente a los bárbaros, algunas tan humillantes como la de Adrianópolis (378) o el saco de Roma por Alarico (410), se une la pérdida en catarata de todas y cada una de las provincias: Britania, Galia, Hispania, Africa... La propia Italia, en fin, se convierte en un reino más bajo el mando del germano Odoacro en el año 476. Así termina, brutalmente desmoronado, el Estado imperial de Occidente, si bien como realidad y como proyecto político a la idea de Imperio le aguardan todavía largos siglos de existencia.

La reflexión actual sobre esta catástrofe debe atender dos facetas diferentes: por una parte, el sentimiento que despertó en los coetáneos la prolongada agonía de tan poderoso imperio, y por otra, los análisis y valoraciones realizados por la historiografía moderna y que deberíamos presumir más desapasionados y distantes. Veámoslo separadamente.

Los antiguos romanos carecían de un utillaje científico que les permitiese examinar con rigor sus estructuras sociopolíticas, sus progresos o sus declives. Por eso no cabe encontrar en ninguna fuente análisis similares sobre la crisis del siglo III y el progresivo abatimiento del Estado imperial.

Sentimiento de decadencia

Ello nos obliga a ser cautelosos a la hora de valorar históricamente las reacciones oficiales y populares ante la gravedad de la situación, en especial las reacciones anticristianas que de manera cada vez más violenta brotaban a lo ancho del Imperio.

Podemos no equivocarnos si decimos que Decio promulgó en el año 250 un edicto de persecución contra los cristianos, pero ese juicio oculta algo fundamental: que la pretensión de este excelente emperador, cuya memoria fue pronto empañada por la propaganda cristiana, era sencillamente reagrupar las débiles y desmoralizadas energías de la sociedad y del Estado en torno a sus dioses tradicionales, en los que ellos habían creído firmemente durante muchos siglos y a los que siempre se atribuyó la grandeza de Roma.

Por eso no fueron pocos los cristianos que vieron en el edicto una llamada a la unidad y al patriotismo ante la incontenible escalada de los peligros exteriores..., y sacrificaron y quemaron incienso en los altares paganos, convencidos seguramente de que tal actitud era obligada para todo buen ciudadano, y aunque heterodoxa con respecto a la nueva religión cristiana, manifiestamente fiel a la piedad secular de los antepasados.

Matizaciones similares cabría hacer sobre otras múltiples facetas de este turbulento período, de modo que tal vez podamos entender mejor aquellos acontecimientos a partir de otros presupuestos teóricos.

Como todas las épocas de miseria, el siglo III fue también una época de irracionalidad que contagió por igual a paganos y a cristianos. Estos, sin embargo, se encontrarán sólidamente apiñados, parapetados tras la idea de un inminente fin del mundo, que lógicamente venía a identificarse con el final del Imperio romano.

Signo de ello eran precisamente los males de la época, tan claramente profetizados en el libro de *Daniel* y





Moneda de Valentiniano I y de Valente (Museo Nacional, Roma)



Lucha de romanos contra bárbaros (detalle de un sarcófago de la época de Marco Aurelio, Museo de las Termas, Roma)



Fachada norte del arco de Constantino, en Roma

en el *Apocalipsis.* Si poco antes el pagano Dión Casio, ateniéndose al esquema clásico que simbolizaba el proceso histórico como una jerarquía de metales, anunciaba el inicio de una penosa *edad de hierro,* Cipriano advierte con términos apocalípticos y escatológicos en su escrito *Ad Demetrianum: tú, que ignoras el plan divino y la verdad, debes saber, en primer lugar, que el mundo ha entrado ya en su senectud..., pues la decadencia de las cosas prueba que se aproxima a su ocaso.*

Este *état d'esprit* no podía propiciar la adopción de medidas o proyectos de transformación de las adversas *condiciones objetivas* del mundo exterior; los cristianos ni siquiera parecen pensar en la posibilidad de una conversión del Imperio. Se limitan, por lo general, a negar las acusaciones que el pueblo les hacía responsabilizándolos de todos los males de la época.

Pero su pasividad es más comprensible que la de los gentiles, pues estaban a la espera de la segunda venida de Cristo para implantar, según estaba profetizado, el Reino de Dios. En esta expectante espera, ¿para qué preocuparse en mejorar un mundo desgastado, viejo, corrompido y a punto de perecer?

Por su parte, los paganos —absoluta mayoría en Occidente— parecen atenazados entre el fatalismo y la impotencia: los más conspicuos saben que la eternidad no se ha otorgado ni a los hombres ni a los Estados, y tal vez ni siquiera a los dioses, y en todos hace mella la brutal realidad de esta herrumbrosa edad donde no cabe esperar ninguna recuperación.

Por el contrario, como una epidemia más, se propaga el miedo a la mutable y ahora adversa

Fortuna, el pesimismo ante la vejez del Imperio, el fantasma de la impotencia militar y la posibilidad de que salvajes y hostiles *gentes externae,* bárbaras o cristianas, se conviertan en los nuevos amos del mundo.

La recuperación y la estabilidad iniciada con el siglo IV, cuando el Imperio romano es ya definitivamente un Imperio cristiano, si bien podían ser consideradas fruto de esta conversión religiosa, arruinaban irremediablemente las esperanzas apocalípticas y mesiánicas del pueblo de Dios: la Parusía debía esperar, y arrinconado todo pensamiento pagano se anuncia con renovado optimismo el amanecer de una nueva *edad de oro* y la *renovatio imperii.*

Como tantos otros, Lactancio habla ahora de la necesaria conversión de los gentiles al cristianismo. Pero, como queda dicho, las adversidades se desatan nuevamente a finales de siglo y una vez más los cristianos deberán sentarse en el banquillo de los acusados.

Asistimos entonces a lo que quizá sea el último *revival* pagano, que vuelve a encontrar las razones de la decadencia en la cristianización de la sociedad y de los aparatos estatales: Símaco, prefecto de Roma, afirma que las calamidades y el hambre que padece el Imperio son una venganza de los dioses por las ofensas sufridas y pide ante el Senado la restauración de sus cultos.

Sin embargo, la reacción pagana de estos años no será a la postre sino un rayo en noche estrellada, y aunque los cristianos atraviesen un momento de duda (San Ambrosio, obispo de Milán, y otros muchos hablan nuevamente sobre el inminente fin del mundo), al final sabrán encontrar sus mejores argumentos en un renovado discurso histórico llamado a tener una influencia secular y a ser una de las más sólidas aportaciones de los intelectuales cristianos al pensamiento occidental medieval y moderno. Recordemos en esta línea las *Historias* de Orosio y la obra inmensa de San Agustín.

Es discutible el grado en que el saqueo de Roma por Alarico estimuló la redacción de *La ciudad de Dios,* pero indudablemente esta obra constituye el más sublime modelo de toda concepción cristiana de la Historia y de toda concepción histórica del cristianismo.

Agustín supo sustraerse a la tentación, propiciada por la temática de la *Roma capta,* de resucitar las esperanzas escatológicas ante un próximo fin del mundo y de volver a los apocalípticos modelos históricos del cristianismo primitivo. Lejos de buscar una concreta armonización de los relatos bíblicos con la historia real, armonización que en el pasado se había traducido en el despertar y frustración de todas las esperanzas escatológicas, Agustín afirma la nítida separación de la historia romana y de la historia cristiana, condenando en consecuencia las especulaciones proféticas que, según él, deberían tan sólo verificarse en la ciudad de Dios y no en la ciudad terrena.

Al separar ambas ciudades, Agustín manifiesta indirectamente su desapego analítico hacia los asuntos profanos y, por contra, su apasionado interés por la escatología histórica de la fe.

De los asuntos mundanos debería encargarse, precisamente a petición suya, el hispano Orosio, que asumió por entonces la tarea de escribir una nueva historia universal cuyo protagonista principal, prácticamente único, eran los *juicios de Dios,* es decir, los castigos y recompensas con que la divinidad sancionaba los pecados y los aciertos de la sociedad, de los gobernantes y de los Estados.

De este modo, el proceso histórico se convierte en una historia sagrada donde la idea de decadencia se esfuma, pues ésta se reduce a una venganza divina sobre hechos o personas concretas.

Orosio defenderá sin desmayo la idea de que todos los tiempos pasados fueron peores que los actuales, dado que el Imperio romano no es sino el instrumento creado por Dios para proteger al mundo cristiano contra el caos y para hermanar en el cristianismo a todos los hombres:

En esta época, pues, nació Cristo e inmediatamente después de nacer fue inscrito en el censo romano. Esta es la primera y más famosa declaración que selló, con la realización de esta inscripción, a César como señor universal y a los romanos como dueños del mundo individual y colectivamente considerados... Y no cabe duda de que todos los que tengan inteligencia, fe y capacidad de discernimiento están en condiciones de ver claramente que ha sido nuestro Señor Jesucristo el que, tras hacer crecer por su voluntad esta ciudad y defenderla, la ha llevado al culmen de su poderío (*Historias,* VI, 22).

De este modo, el saco de Roma por Alarico, que dejó en la ciudad y en el Imperio una profunda secuela de desconcierto y desmoralización, es descrito y valorado por Orosio (VII, 39 y ss.) como una acción valiente y misericordiosa, pía e incruenta, respetuosa y justiciera, en la que bajo el estrépito de las espadas y el fulgor de las llamas, cristianos romanos y bárbaros cortejan en santa procesión los vasos sagrados de Pedro camino de la basílica apostólica, aunados fraternalmente en coros e himnos cantados a Dios, cuyo *juicio* sobre esta nueva Sodoma sólo podía estimarse extremadamente clemente.

La indocumentada y tendenciosa concepción orosiana recorrerá toda la Edad Media con una influencia difícil de exagerar, pues aprobadas en el año 494 sus *Historias* por bula papal, se convertirán en una especie de libro de texto: y esta historia de salvación, unida al *agustinismo político,* donde lo natural y sobrenatural quedan fundidos, explica la marginación y menosprecio que a partir de entonces sufrirán todo pensamiento o comunidad alejados de estas creencias, a los que se aca-





Saqueo de Roma por los hombres de Alarico, año 410 (interpretación de Enrique Ortega)

bará por negar incluso el derecho a la existencia.

Esa es en cierto modo la historia de la *noche medieval* (con muchas luces en otros campos) y de sus mejores cristalizaciones políticas de tejas abajo: el Imperio romano cristiano de Carlomagno y de Otón, cuyo arquetipo político era y sólo podía ser el Reino de Dios, como tan brillantemente estudió en su día nuestro Manuel García Pelayo.

Cuestión histórica

La caída de Roma entendida como problema sustantivamente histórico empieza a plantearse con el Renacimiento italiano, pero este temprano impulso renovador se verá asfixiado por una poderosa reacción irracionalista y teológica —representada principalmente por Bossuet—, que vuelve a los nunca olvidados planteamientos orosianos y propugna una separación de la *historia de la Iglesia* y de la *historia política,* imponiéndose entonces el criterio, seguido casi hasta hoy, de que la primera se explore y enseñe en las facultades de Teología y la segunda, en las de Filosofía y Letras.

A partir del siglo XVIII el pensamiento ilustrado recuperará el impulso crítico renacentista, siendo muy de destacar, en la temática que nos ocupa, Edward Gibbon († 1794), un escocés imbuido a partes iguales de las luces francesas y de los pensadores liberales burgueses (en particular Hume), que describen el capitalismo, la propiedad privada y la economía de mercado como la panacea y el paraíso terrenal al que se

dirige inevitable y gozosamente el devenir del género humano.

En su *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano,* Gibbon quiere describir *el triunfo de la barbarie y de la religión,* triunfo que se gesta precisamente desde el año 200, y en especial desde la era de los emperadores cristianos, y llega hasta el año 1453, o sea, incluyendo los largos siglos de dominación de los poderes feudales y eclesiásticos, de naturaleza violenta, estúpida y supersticiosa.

Por eso el ilustrado Gibbon desprecia tanto el teocrático Imperio bizantino como el Occidente feudal dominado por monjes y por curas, y se esfueza en distinguir el cristianismo primitivo —fuerte y puro— del cristianismo triunfante, degenerado y corrupto, que impera en los siglos de la decadencia y que es a la vez un fruto de la misma. Será, por supuesto, con este cristianismo obtuso y fanático con el que no comulgarán ni su mentalidad racionalista ni sus intereses burgueses.

Aunque esquematizado, éste es en esencia el planteamiento gibboniano, que naturalmente queda matizado en profundidad a lo largo de los ocho volúmenes que integran su *History,* y que supone, en definitiva, el primer planteamiento historiográfico serio sobre las relaciones entre el cristianismo y el desarrollo político y social europeo, problema también rico en matices y que todavía hoy podemos encontrar en los debates y en la vida cotidiana.

Pero lo que quizá deslumbre más es su valoración de la decadencia romana como paradigma histórico para la interpretación de toda decadencia, iniciándose así un diálogo historiográfico apasionante sobre las razones y las orientaciones de aquel largo proceso, diálogo en el que no sólo se plantean cuestiones tan exquisitamente históricas como las de transición y continuidad, sino que es en sí mismo un debate histórico, condicionado y hasta sumido en manifiestas o sutiles opciones político-sociales, como las apreciadas en el propio Gibbon.

A fin de cuentas, estamos en la creencia de que la civilización occidental es una realidad que hunde sus raíces en el mundo clásico grecorromano y, por tanto, el ocaso de ese mundo supone para nosotros una pérdida irreparable, la primera gran crisis de nuestro horizonte cultural.

Comprendemos por ello que Gibbon reivindique las luces de ese pasado frente a la noche tenebrosa del Medievo. Comprendemos tanto la reivindicación de este burgués liberal y optimista, como el pesimismo del mejor Rostovtzeff cuando veía en el triunfo del comunismo y en la derrota de la burguesía rusa una reposición asombrosamente fiel de la caída del Imperio romano occidental y del triunfo de la barbarie.

Este ruso blanco, sabio profesor de Petersburgo hasta 1918, escribió en su exilio europeo una excelente *Historia social y económica del Imperio romano,* cuya caída describe como una oposición y lucha mortal entre masas y élites, entre campo y ciudad, entre barbarie y civilización, entre... el proletariado y la burguesía.

Era una consciente bolchevización de un problema histórico, lejano y actual, mediante la cual Rostovtzeff pretendía apelar a la concordia nacional, clasista y burguesa, ante el peligro de que una Europa superviviente de la primera gran conflagración mundial pereciese, tras gigantesco duelo de clases sociales, en las manos incultas de las masas obreras.

Todavía con más lucidez que Gibbon, Rostovtzeff sabe relacionar la clase dirigente con la cultura material y espiritual de una época, describiendo su grandeza y su caída en conexión con los acontecimientos de su propio tiempo; ambos privilegian y absolutizan la cultura clásica creada por la burguesía (?) helenístico-romana y heredada por la modernidad europea occidental, pero Gibbon concibe y describe la decadencia de Roma como una lección tranquilizadora para su tiempo:

Aquella revolución extraordinaria tiene su cabida provechosa en la instrucción del siglo presente. Todo patriota tiene que anteponer y ensalzar exclusivamente los intereses y la gloria de su patria, pero corresponde al filósofo ensanchar sus miras y conceptuar Europa como una gran república, cuyos varios moradores han venido a encumbrarse al mismo nivel de instrucción y de cultura. Seguirá el equilibrio del poder con sus vicisitudes, y alternativamente sobrepujará la prosperidad en nuestro reino o en alguno de los inmediatos; más tales acontecimientos parciales no dañarán esencialmente el estado general de bienestar, el sistema de artes, leyes y costumbres con que tanto descuellan en el orbe los europeos y sus colonias. Las naciones montaraces del globo son enemigas comunes de la sociedad civil; y podemos inquirir ansiosamente si está todavía amenazando a Europa una repetición de aquellas desventuras que aniquilaron las armas e instituciones de Roma. Quizá las mismas reflexiones ilustrarán la ruina de aquel imperio poderoso y explicarán las causas probables de nuestra seguridad presente (capítulo XXXVIII).

Por el contrario, Rostovtzeff termina su obra con una pregunta angustiosa y pesimista, exquisitamente aristocrática y decadente, en clara consonancia con la situación crítica en que por esas fechas se encontraba la burguesía como clase dominante, a la que tan sentido homenaje rinde el historiador:

La interrogación última se alza como un fantasma siempre presente y contra el cual ningún exorcismo vale: ¿es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y diluir su



Celebración eucarística en el siglo III (catacumba de San Calixto, Roma)



General Estilicón (díptico de marfil, siglo V, catedral de Monza)



Honorio, emperador de Occidente (395-423)

calidad hasta desvanecerla por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer apenas comienza a penetrar entre las masas?

Aportación española

El siglo y medio que separa a ambos historiadores conoció, naturalmente, otras importantes aportaciones a este debate apasionado y actual, de las que, tan sólo como botón de muestra, citaremos dos de las más significativas: la de O. Seeck, que pretende aplicar a la Historia los métodos cientifistas de la segunda mitad del siglo XIX y en particular de la sociología y del darwinismo, afirmando que la caída del Imperio estuvo motivada por la *eliminación de los mejores.*

Esta *Ausrottung der Besten,* que aparenta ser un darwinismo a la inversa, pues desaparecen los más fuertes, se explicaría por las aberrantes condiciones en que se desenvolvió la sociedad bajoimperial: barbarización del ejército, mescolanza de razas, manumisión de esclavos, retroceso demográfico... Y de este modo se abrían definitivamente las puertas de la historiografía a la corriente de simpatía que empezará a sentirse hacia los bárbaros como encarnación del pueblo joven y del mítico buen salvaje capaz de aportar savia nueva a la ineludible regeneración social.

Esta simpatía esconde también la vieja identificación de la idea de decadencia con la degeneración biológica de los pueblos (ahora se sobreentiende que latinos), que será muy querida por la historiografía romántica y nacionalis-

ta, alemana en particular, hundiendo hasta allí algunas de sus raíces la ideología del *Volk* y no pocos aspectos del más reciente racismo y nacionalsocialismo.

Ideologías éstas muy lejanas de las que inspiraron a M. Weber a finales del siglo XIX uno de los más lúcidos y brillantes ensayos sobre el ocaso de la cultura romana, como ya supo justamente apreciar nuestro Ortega *(El espectador,* 1926). Interpretación weberiana, económica y en consecuencia social, que asume las preocupaciones europeas de los dos últimos siglos sobre tan conflictivas materias, a las que ahora se intenta, como en tantos otros ámbitos, dar una categoría científica: éste será precisamente uno de los más importantes hilos conductores que conecten a Weber con el pensamiento marxista de entonces y de hoy.

¿Quién se asombrará si decimos que en este debate secular la aportación española brilla más bien por su ausencia? Pues la verdad es, en lo que yo alcanzo a conocer, que si nos olvidamos de los historiadores actuales, todos muy jóvenes y de muy desigual madurez, sólo en Ortega encontramos esa preocupación por la historia romana en tanto que paradigma de toda historia, y más concretamente por la época de su decadencia, pues, en palabras suyas, *el fenecimiento de una civilización es, para el hombre, la escena más saturada de melancolía (El espectador).*

Conocedor a fondo de la mejor historiografía, empapado de cultura clásica y sinceramente preocupado por el presente y futuro de España y Europa, Ortega volverá una y otra vez al análisis de la decadencia romana para ilustrar los problemas de su tiempo, y de ahí que su mejor reflexión deba buscarse precisamente en una de las obras más comprometidas del autor: *La rebelión de las masas.*

Vivamente alarmado por el protagonismo negativo y desorbitado que las masas juegan en los últimos decenios, tanto a través del fascismo como del sindicalismo y comunismo, Ortega verá en ellas la más auténtica y demoledora *invasión vertical de los bárbaros.* La decadencia del Imperio se confunde y se expresa en este dominio de las masas estúpidas, de la homogeneidad y de la demagogia, a lo que se añade el estancamiento técnico y, en particular, la incapacidad para adoptar alternativas institucionales que den respuestas nuevas a los problemas nuevos.

La consecuencia es el anquilosamiento político y el crecimiento gigantesco de un Estado totalitario que, identificado con las masas, burocratiza y esclaviza a la sociedad civil, marchitando toda la cultura clásica, de modo que *el pueblo se convierte en carne y pasta que alimenta el mero artefacto y máquina que es el Estado. El esqueleto se come la carne en torno a él. El andamio se hace propietario e inquilino de la casa.*

Este monstruo estatal —producto no de la naturaleza, sino de la Historia— atenazó los espíritus republicanos conservadores en el anacronismo y el arcaísmo, abortándose en sus propios orígenes las soluciones de futuro que alumbrara César mediante la romanización a fondo de los pueblos occidentales y la democratización universal bajo una monarquía con sede fuera de Roma.

A pesar de sus errores y urgencias modernizantes, a su confesada interpretación de una historia radicalmente aristocrática, *La rebelión de las masas* es una de las más sentidas contemplaciones del fin de la cultura clásica. Henchida de humanismo y modernidad, el discurso orteguiano es también una lección de europeísmo y pundonor para los españoles de hoy. Lección de actualidad, de que nuestro tiempo en modo alguno puede desentenderse del pretérito, aunque sólo sea porque allí encontramos lo que debemos evitar. Enseñanza también de que un poco de calor humanista, de serena conmoción ante la tragedia romana, en absoluto resulta superflua banalidad. Lección, en definitiva, de razón y de saber histórico que nos revela lo que no queremos ni podemos perder, pues a la postre las virtudes que no tenemos son las que más importan.

Hay que recuperar a este Ortega historiador comprometido con su tiempo: compromiso que nunca reduce la visión histórica, sino que ensancha los horizontes y carga de razones (¡científicas!) el discurso histórico. Y reivindicar su capacidad de síntesis y de lectura y su originalidad: no hay un solo trabajo sobre la decadencia romana que no cite la brillante sentencia del buen Piganiol, escrita como un grito de dolor a la vista de su patria ocupada y humillada por los ejércitos nazis: *La civilización romana no ha muerto de muerte natural. Ha sido asesinada...* por los germanos cabría añadir. Pero yo no conozco a nadie que haya aún citado la idea contraria de Ortega en la que bien pudo inspirarse aquel excelente historiador: *los mundos sólo mueren de muerte natural. Dentro de ellos hay que buscar los asesinos. No hay, pues, irrupción de los bárbaros,* sino que esto sólo fue una idea *inventada por los literatos de la decadencia romana, que eran, como suelen ser los literatos de todas las épocas difíciles, superlativamente reaccionarios (El espectador,* 1926).

Recuperación orteguiana tanto más necesaria si en verdad es nuestro tiempo (¿cuál no lo fue?) un tiempo de crisis y trepidante metamorfosis, de decadencia para muchos. Recuperación, por tanto, de una temática inagotable y tantas veces estremecedora, pues todavía hoy el fin del mundo antiguo puede servirnos de amonestación y de enseñanza: porque, queramoslo o no, forma parte de nuestro presente, de nuestros proyectos de futuro y también de nuestras angustias.

Así fue la crisis

Por Juliana Cabrera Moreno
Profesora de Historia Antigua. Universidad de Granada

EN el siglo III el Imperio romano se enfrentaba a su desintegración, acuciado por graves problemas externos e internos. A un estado de guerra permanente, ocasionado por el ataque simultáneo desencadenado por bárbaros y persas en todas sus fronteras, se sumaban en el interior las guerras civiles provocadas por la anarquía política reinante: en cincuenta años hubo 39 emperadores, generales proclamados por sus respectivos ejércitos, y muchos murieron asesinados. El desarrollo del bandidaje y de la piratería completaban este cuadro de destrucción e inseguridad general.

En tales circunstancias sobrevino una crisis económica, con una caída de la producción, sobre todo en la agricultura, donde incidía especialmente la escasez de mano de obra, y un colapso del comercio por la crisis de transportes.

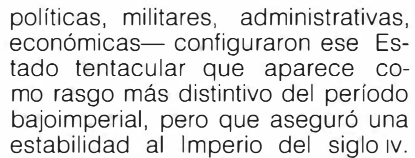
La crisis monetaria tuvo consecuencias aún más graves. Las necesidades de numerario del Estado llevaron a emitir gran cantidad de masa monetaria, los *antoniani* creados por Caracalla, cada vez más devaluados. La consecuencia de la devaluación de la moneda y de la escasez de productos existente fue un alza vertiginosa de los precios.

Para salir de la crisis, ya a partir del 360, las medidas de Galieno y los emperadores *ilirios* introdujeron una serie de transformaciones en el Estado y la sociedad que prefiguraban el régimen bajoimperial.

Las clases medias urbanas, hasta entonces el nervio vital del Imperio, salieron de la crisis arrui-



Escena de teatro en un mosaico de la casa del poeta *de Sousse (Túnez), siglo III*



nadas y desmoralizadas. Las obligaciones municipales de las curias fueron aumentadas con la responsabilidad de recaudar los impuestos para el Estado y asegurar el cultivo de las tierras abandonadas.

La *anonna* militar se hizo particularmente onerosa, convirtiéndose en un impuesto regular, pagado en especies, sistema que se generaliza para paliar los efectos de la crisis monetaria. Se establecieron controles sobre trabajos y actividades profesionales necesarios al Estado. En una palabra, se acentuó el carácter coactivo del Estado, que tendía a ligar a cada individuo a su condición social y profesional, para asegurar los recursos necesarios.

La restauración del Imperio sobre bases nuevas fue obra sobre todo de Diocleciano (284-305) y Constantino (306-337), cuyas reformas políticas, militares, administrativas, económicas— configuraron ese Estado tentacular que aparece como rasgo más distintivo del período bajoimperial, pero que aseguró una estabilidad al Imperio del siglo IV.

Su primera tarea fue el fortalecimiento del propio poder imperial. El Estado del Bajo Imperio será una monarquía absoluta, en la que el emperador ejerce su autoridad en todos los dominios.

Los poderes tradicionales, en particular el Senado, perdieron todo peso político, y el Ejército devino preponderante: por su presentación ante éste el emperador obtendrá la investidura, y ya no por el Senado. Se buscó regularizar la sucesión legítima por diversos expedientes y el principio dinástico fue afirmado con los constantinianos, valentinianos y teodosianos.

Para asegurar la eficacia de la autoridad imperial, especialmente en la defensa, se adoptó frecuentemente la colegialidad: un reparto de tareas entre varios emperadores, por sectores geográficos que han variado de una época a otra. El procedimiento, inaugurado con la Tetrarquía de Diocleciano, tuvo tanta fortuna que sólo en breves períodos encontramos un único emperador al frente de todo el Imperio.

Esta descentralización del poder por razones prácticas no entrañaba la ruptura de la unidad del Imperio, afirmada siempre como *patrimonium indivisum,* pero tuvo una singular consecuencia: a partir del 284, Roma dejó de ser la capital efectiva del Imperio, sutituida por un número diverso de capitales administrativas, residencias de los emperadores en cada momento: Tréveris, Milán, Sirmio, Antioquía, Constantinopla —la nueva capital de Oriente fundada por Constantino—, más cercanas a las fronteras y a los ejes defensivos estratégicos.

Es en el terreno ideológico donde más claramente se manifiestan las nuevas tendencias absolutistas, en la línea de una creciente sacralización del poder imperial. Ya Aureliano se proclamaba *Dominus et Deus* y en el 274 declaró el culto solar como religión oficial del Imperio, buscando consolidar su unidad a través del monoteísmo religioso.

La teología política de Diocleciano y la Tetrarquía fue más tradicionalista e hizo de Júpiter la máxima

Diocleciano y Maximiano (Biblioteca Vaticana, Roma)

divinidad imperial, pero siguió reforzando el carácter sagrado del emperador: éste se convertía el día de su investidura en hijo de los dioses y sus actos se consideraban inspirados por la gracia divina.

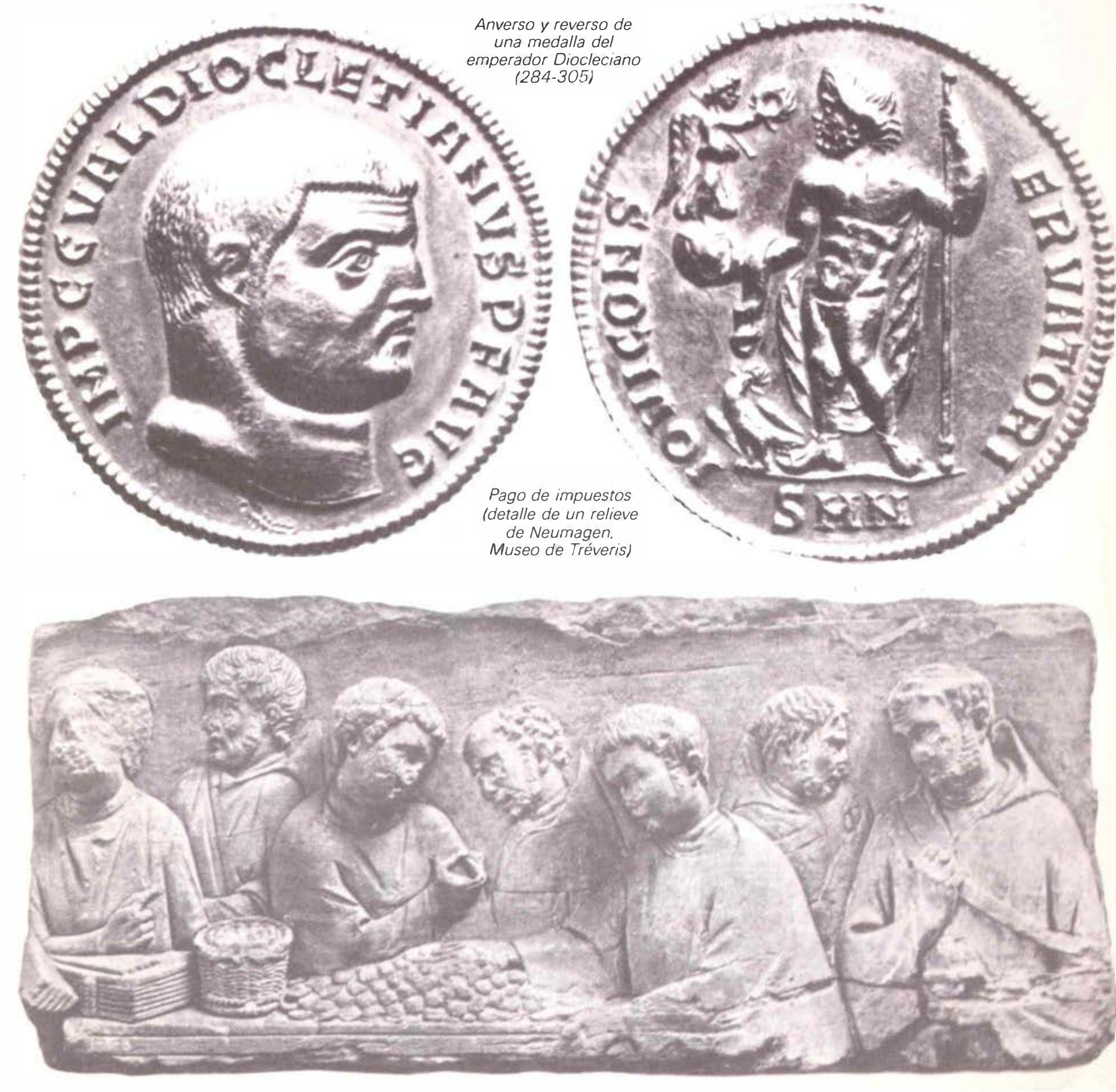
En adelante, el emperador será considerado la manifestación visible de la divinidad sobre la tierra, lo que venía subrayado por el ostentoso ceremonial y el ritual hierático, en gran parte de corte oriental, que le rodeaba: la diadema de piedras preciosas en lugar de la corona de laurel, la lujosa vestimenta —aunque conserva el tradicional manto rojo, la *púrpura*—, los ritos de prosternación y adoración para ser recibidos a su presencia.

Todo este ceremonial, introducido ya por Diocleciano, y precisado por Constantino y sus sucesores, le hace inaccesible en su palacio, más aislado de sus súbditos que nunca. El título *Dominus Noster* sustituirá pronto al de *Imperator Caesar*, y el emperador aparecerá provisto de virtudes y atributos divinos como *Aeternus*.

La monarquía de derecho divino es especialmente consolidada con Constantino y su dinastía —sobre todo Constancio—: a partir de este momento será emperador *por la gracia de Dios* y el representante de Dios sobre la tierra.

Esta concepción del origen divino del poder, apoyada ahora en la religión cristiana, tendrá sus propagandistas entre los mismos cristianos, especialmente en el obispo Eusebio de Cesárea, y se expresará perfectamente en las monedas que Constantino hizo acuñar en el 330, en las que se representa una mano que surge del cielo y le entrega la corona.

El reforzamiento de la autoridad imperial se tradujo en un reforzamiento de la centralización administrativa para servir más eficazmente a las órdenes del emperador.



Anverso y reverso de una medalla del emperador Diocleciano (284-305)

Pago de impuestos (detalle de un relieve de Neumagen, Museo de Tréveris)



La reforma territorial de Diocleciano, que dobló el número de provincias, integradas en las diócesis recién creadas, supuso una multiplicación de los despachos y del número de funcionarios. Y lo mismo ocurrirá con la reforma de la administración central por Constantino.

El gobierno central, difícil de distinguir de la Corte, será errante, siguiendo en sus desplazamientos al emperador, con lo que perderán gran parte de sus antiguas atribuciones los prefectos del pretorio, convertidos por Constantino en prefectos regionales, sin competencias militares.

La Corte se compone de diversos organismos, a cuyo frente destacan ahora nuevos altos cargos ocupados por personajes influyentes: el cuestor del palacio sagrado, portavoz del emperador; el jefe de los oficios —*magister officiorum*—, al frente de la cancillería imperial, controla el conjunto de la administración a través de los odiosos *agentes in rebus*, servicio de información y de policía, verdaderos espías del Gobierno central en sus misiones a lo largo y ancho del Imperio, y del cuerpo de notarios. Estos dos, junto con los *condes* financieros, serán los cuatro altos funcionarios de la Corte y miembros permanentes del Consejo Imperial, llamado Consistorio después de Constantino.

El resto de los miembros del Consejo se recluta entre los condes —*comites*—, que formaban la comitiva del emperador —*Comitatus*—: eran grandes personajes de confianza del emperador que constituían la clase gobernante.

Otro centro de poder de la Corte se establece en los servicios domésticos del Palacio, que adquiere ahora gran desarrollo. Especialmente el conjunto de los departamentos privados, el *Cubiculum*, cobrará gran importancia con el tiempo, y su jefe, el gran chambelán, y el personal de eunucos llegarán a tener gran influencia. Este personal, decorativo y costoso, bullía en intrigas y camarillas en torno a los miembros de la familia imperial, tomando un aspecto que prefigura a la corte bizantina y con consecuencias a veces nefastas en el orden político.

Los altos puestos de la administración, ocupados por miembros del orden ecuestre con Diocleciano, fueron abiertos por Constantino a la aristocracia senatorial en un momento en que el orden ecuestre desaparecía absorbido por el orden superior; el *orden* no calificaba ya para el ejercicio de una función, sino que era la función la que determinaba la clase a la que se pertenecía.

Constantino fortalecerá así la posición de la aristocracia senatorial en Occidente, cuya fuerza económica y social era ya muy poderosa, con consecuencias peligrosas posteriormente para el Estado.

No ocurrirá lo mismo en Oriente: la clase dirigente de Constantinopla se reclutará fundamentalmente entre las élites de las curias municipales y los funcionarios de carrera, que cubrían tanto los puestos de la administración como las filas del Senado.

En cuanto a la masa de funcionarios —*officiales*—, se profesionaliza y se precisa su jerarquía dentro de una estructura militarizada: se consieraban una *milicia*, el ejército de servidores del emperador más que del Estado.

Se ha dicho que los funcionarios conocieron en el siglo IV su edad de oro, formando los engranajes de una poderosa administración capaz de llegar hasta el último rincón del Imperio. Temidos y privilegiados de modo diverso por sus servicios, su número se amplía constantemente con los sucesores del Constantino —a excepción de Juliano.

Fiscalidad y sociedad

El rasgo más sobresaliente de la economía y sociedad bajoimperial es el intervencionismo del Estado en todos los órdenes, motivado por sus necesidades financieras. El aumento de los gastos públicos para la defensa, el mantenimiento de la burocracia y de la Corte —y los emperadores no han escatimado su generosidad hacia *amigos* y protegidos—, el abastecimiento de la población improductiva de Roma y Constantinopla y otros capítulos llevan a incrementar los ingresos por la vía fiscal.

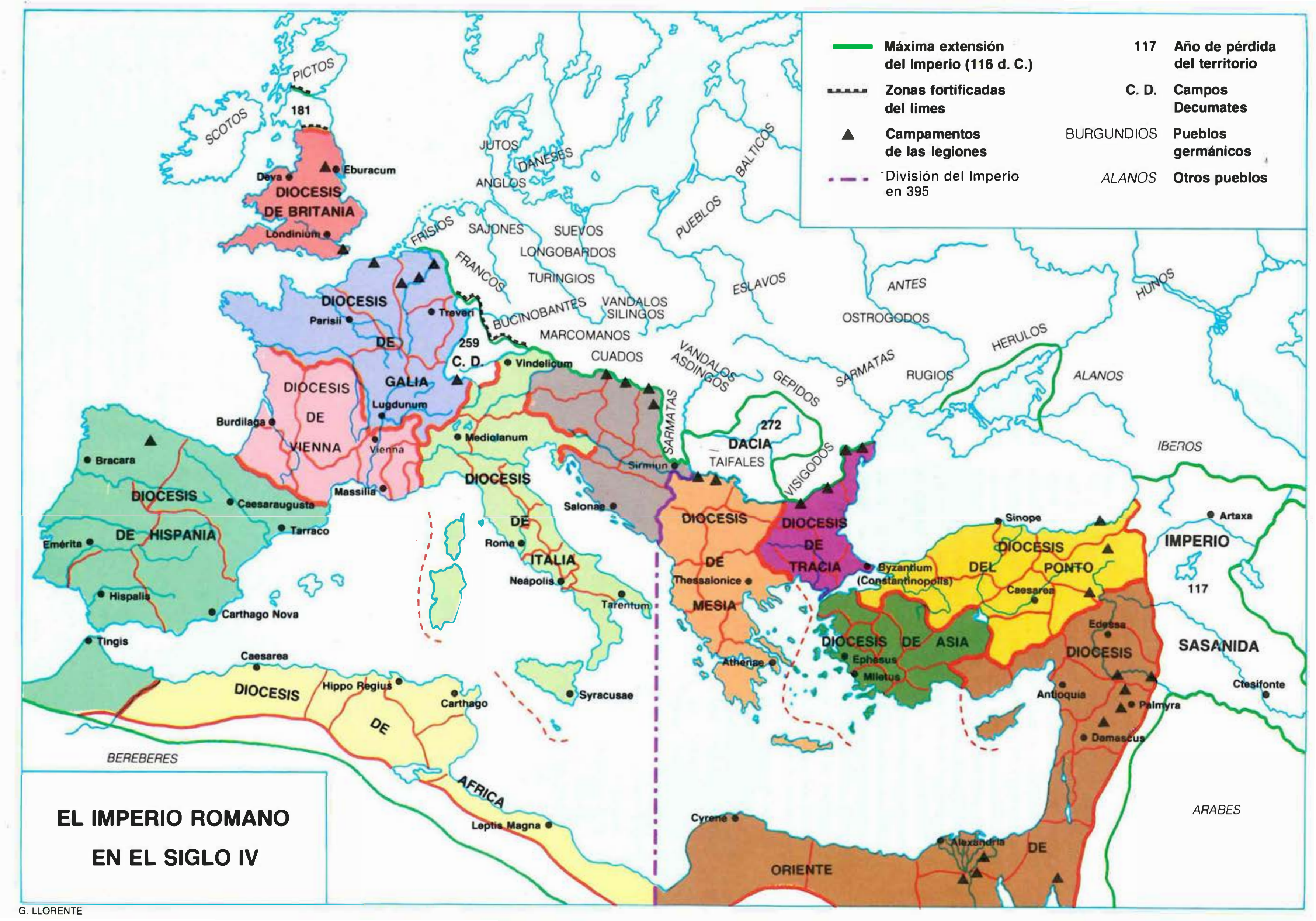
El sistema introducido por Diocleciano consistía en un impuesto básico sobre las personas (capitación) y sobre la tierra, percibido en especies anualmente, y que será mantenido y aumentado por los emperadores sucesivos.

Además se crearon nuevos impuestos de clase por Constantino: la gleba senatorial y la *crysargira* de los comerciantes; las entregas de oro por los curiales con ocasión de la investidura imperial se hicieron de voluntarias en obligatorias. A ello se sumaron otra serie de cargas o *munera* que afectaban a todas las clases, aunque de forma desigual. Y el recurso cada vez mayor a impuestos extraordinarios —superindicciones— provocaron en ocasiones motines.

La política monetaria de Constantino contribuyó a aumentar los desequilibrios sociales y las desigualdades ante la presión fiscal. Creó una moneda de oro estable, el *solidus*, base de las transacciones de todo tipo, con lo que aseguraba el relanzamiento de la economía monetaria y del comercio exterior.

Pero al anclar la economía al oro benefició exclusivamente a los ricos que lo poseían, agravando la situación de la mayoría de la población que sólo disponía de moneda corriente devaluada cada vez más, sin que los emperadores intervinieran para ponerle remedio —a excepción nuevamente de Juliano.

Como observó un contemporáneo, el anónimo autor del *De rebus bellicis*, un curioso tratado sobre máquinas de guerra, por efecto de las



EL IMPERIO ROMANO EN EL SIGLO IV

G. LLORENTE

reformas de Constantino se agrandó el abismo entre los ricos, poseedores del oro, y los pobres —la *afflicta paupertas*—, oprimidos por la violencia de la situación e inducidos así, en venganza, a entregarse al bandidaje y los delitos.



La práctica de la *aderación:* el pago del impuesto básico en dinero (oro o plata) en lugar de en especies, que se generalizó entre los altos funcionarios y los ricos en general por la posibilidad de obtener beneficios de la diferencia entre la tasa oficial y los precios de los productos en el mercado, agravaría más la situación.

Por otro lado, para asegurar la regularidad de los ingresos fiscales, el Estado se convertirá en una poderosa máquina coactiva que impondrá la compulsión a todos los niveles de la jerarquía social: los diferentes colectivos se harán responsables de los impuestos y se fija la herencia de la condición de sus miembros para evitar deserciones, creando así una sociedad de castas: los funcionarios, los soldados, las corporaciones profesionales —en particular las de panaderos o comerciantes y armadores—, los curiales de las ciudades o los colonos de los dominios rurales que, a partir de una ley del 332, quedan fijados a la tierra y en leyes imperiales posteriores vienen a ser declarados *esclavos de la tierra a la que están destinados por su nacimiento.*

Esta presión del Estado no dejó de tener resistencias, y la renovación periódica de las leyes refleja que los curiales tendían a desertar de los municipios y los campesinos aún libres de las aldeas (también obligadas a solidarizarse al pago de los impuestos pagando incluso por las tierras incultas) huían también, refugiándose bajo la protección de los poderosos, grandes propietarios a los que cedían sus tierras.

Se fortaleció de este modo el desarrollo del colonato y la concentración de tierras en pocas manos. Así, la opresión fiscal del Estado fomentó la institución del patronato, que luego se volvería fatalmente en su contra.

Los grandes beneficiados de esta situación fueron las antiguas clases dirigentes, la aristocracia senatorial de los *clarissimos,* terratenientes con propiedades en diversas provincias del Imperio, de las que obtenían elevadas rentas —se ha barajado la cifra de 4.000 libras de oro anuales para las grandes casas de Roma— que les permitían llevar un alto tren de vida que se refleja en sus *villas* o en los palacios de Roma y de las metrópolis provinciales.

Estos graves desequilibrios sociales, la constitución de una poderosa clase terrateniente y la ruina de las clases urbanas serán un factor que debilitará las estructuras del Imperio en Occidente.

Uno de los hechos más relevantes de este período es, sin duda, la transformación del cristianismo de religión perseguida en religión oficial del Estado romano, lo que respondía, en última instancia, a la necesidad de dar bases religiosas firmes a la unidad imperial, de acuerdo con la propia evolución teocrática del emperador, sin que ello signifique que los emperadores cristianos actuaran simplemente por puro oportunismo político.

En los últimos años de Diocleciano, a partir del 303, se había desencadenado la última y más terrible persecución contra los cristianos, la llamada *gran persecución,* a la que puso fin un edicto de tolerancia promulgado por Galerio en el 311, en el que se pedía a los cristianos *orar a su dios por nuestra salvación, la del Estado y la suya.*

De Constantino a Teodosio

El Edicto de Milán del 313, promulgado conjuntamente por Constantino y su colega de Oriente, Licinio, reconocía al cristianismo, como a las demás religiones existentes en el Imperio, la total libertad de culto. Un año antes, la *visión* del símbolo de la cruz en la víspera de la batalla del Puente Milvio, y la victoria que siguió, iniciaban el proceso de conversión de Constantino, de consecuencias trascendentales para la suerte ulterior del Imperio.

Constantino, cuando apostó su fe al Dios cristiano, sinceramente convencido, como insiste repetidamente, de que su poder era mayor que el de los otros dioses, estaba, de hecho, embarcándose en una aventura arriesgada, pues los cristianos en Occidente no eran entonces ni tan numerosos ni ocupaban posiciones importantes en la sociedad y en el Estado que permitiera esperar de ellos apoyos decisivos en la lucha por el poder que se había desencadenado tras la abdicación de Diocleciano.

Esta situación cambiaría rápidamente en unos decenios, gracias a las ventajas materiales y espirituales que Constantino y sus sucesores concedieron al cristianismo, pero gracias también al dinamismo que esta religión supo mostrar y que se había probado en los tiempos difíciles.

Se concederán al clero numerosas inmunidades fiscales y de *munera,* se asimilará a los obispos al más alto rango senatorial de los clarísimos, se reconocerá una jurisdicción eclesiástica independiente del Estado a cargo de los obispos y se instituirá el domingo como día de fiesta; otras medidas, como la abolición de las leyes de Augusto contra el celibato, reflejan la influencia de la moral cristiana.

A cambio, la Iglesia tendrá que aceptar la intervención del emperador en sus asuntos internos para dirimir conflictos cismáticos —como el donatismo— o doctrinales —como el arrianismo— y asegurar la paz de la Iglesia, ahora garantía también de la paz del Imperio, convocando concilios y tomando medidas represivas contra los elementos disidentes a la fe del Imperio.

Algunos problemas se derivaron del cambio

ocasional de credo religioso de los emperadores, que osciló entre la ortodoxia fijada en el Concilio de Nicea y el arrianismo. Pero con Teodosio triunfa definitivamente el credo niceno, obligatorio para todos sus súbditos (aún sólo Oriente) por un edicto de febrero del 380 promulgado en Tesalónica. Así, la *Catholica* —Universal— Iglesia une sus destinos definitivamente al Imperio romano.

La nutrida legislación contra las herejías y la persecución del paganismo, que se concretó especialmente en el edicto de noviembre del 392, que prohibía en todo el Imperio los actos, privados y públicos, de culto pagano, le valió a Teodosio el calificativo de *Grande*, que le dio la Iglesia, aunque probablemente no estarían muy de acuerdo sus súbditos, incluidos los cristianos, que hubieron de soportar su pesada política fiscal y sus generosos dispendios para la Corte.

Finalmente, hay que señalar los importantes cambios sociales de la Iglesia en Occidente. Antes del siglo IV, los cristianos se reclutaban sobre todo entre las clases bajas y medias, principalmente en las ciudades, pero a lo largo de este siglo supo atraerse a la clase dirigente senatorial —en Roma, a familias de abolengo como los *Anicii, Ceioni, Valerii*—, que pasó a cubrir los altos cargos eclesiásticos.

Son ejemplo de esto obispos como Ambrosio de Milán, de una familia de clarísimos, que había sido antes gobernador de Liguria, o Dámaso, que había llegado al obispado de Roma apoyado por la aristocracia romana frente a su rival Ursino y que se hizo famoso por su capacidad para atraerse las fortunas de las nobles matronas romanas.

La Iglesia se convirtió en una organización que competía con el Estado, arrebatándole sus mejores hombres, las mentes aún más creadoras y *gobernantes natos*, convencidos de la autoridad superior de la Iglesia —de Dios— sobre el Estado y el emperador.

El conflicto entre Ambrosio de Milán y los emperadores Graciano, Valentiniano II y Justina y Teodosio, en los que siempre salió ganador el obispo de Milán, revelan esta actitud. Especial-

Villa romana en un mosaico del siglo IV (Museo del Bardo, Túnez)



mente en el caso de Teodosio, el emperador *cristianísimo,* que no había tenido problemas con la Iglesia en Oriente, tuvo que humillarse ante Ambrosio y hacer penitencia pública.



Esto no puede atribuirse exclusivamente a la gran personalidad del prelado, porque en Oriente, otra personalidad extraordinaria, Juan Crisóstomo, de gran autoridad, que se enfrentó con la Corte de Constantinopla algunos años más tarde, fue desterrado, pese a los motines populares y las intervenciones en su favor desde Occidente del obispo de Roma y del emperador Honorio. En otros aspectos, la Iglesia de Occidente se mostraría diferente de la de la parte oriental del Imperio.

Oriente y Occidente en el siglo V

A la muerte de Teodosio, en el 395, la división del Imperio entre sus dos hijos —Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente— sellaba, en realidad, un proceso de diferenciación a lo largo del siglo IV, que había estimulado la fundación de la nueva capital, Constantinopla.

Estas diferencias eran más favorables a Oriente y nos ayudan a comprender los factores del derrumbamiento de la *pars* occidental del Imperio. En Oriente, la seguridad militar fue mayor, librándose de la fuerte presión bárbara que se ejerció sobre Occidente, lo que se debió, entre otros factores, a la habilidad diplomática de la Corte de Constantinopla.

Oriente disfrutaba de una situación económica próspera y sin desequilibrios sociales tan agudos: la concentración de riquezas en manos de la aristocracia terrateniente no llegó tan lejos, la vida urbana sobrevivió mejor y la presión fiscal no se ejerció tan opresivamente sobre los campesinos (a excepción de Egipto). En consecuencia, el patronato no se desarrolló tan peligrosamente, y lo mismo hay que decir del colonato.

Las estructuras estatales eran en Oriente más sólidas, pues la autoridad imperial no sufriría la competencia de *señores —potentiores—,* dado que la aristocracia dirigente tuvo siempre allí su sostén principal en una nobleza de servicios, reclutada sobre todo en las filas de la burocracia, y que debía su posición al emperador.

Este peso de la burocracia civil contribuyó también a una menor influencia política del Ejército, debido también al papel inferior de éste por la situación de relativa seguridad de que gozó aquella zona.

Se puede decir que había allí menor descontento hacia la administración romana. Por otro lado, la Iglesia cerró filas con el Estado frente a los bárbaros, apoyando su resistencia y los sacrificios y lealtades que exigía. Y la legislación de Arcadio, imponiendo limitaciones a privilegios anteriores eclesiásticos, así como reprimiendo los excesos destructores antipaganos —en particular de los monjes— indicaba que la autoridad del Estado mantenía bajo control mayor a la Iglesia, aprovechándose ciertamente de su arbitraje en las numerosas querellas doctrinales que dividían a la Iglesia en Oriente.

En Occidente ocurre de diferente manera. En primer lugar, grandes dificultades económicas del Estado por la pérdida progresiva de sus recursos: los asentamientos de confederaciones de pueblos bárbaros recortan el territorio bajo su autoridad, y el que sigue bajo su dominio directo, a causa de la opresión tributaria, es escenario de deserciones de la población, que no está dispuesta a pagar impuestos a un Estado que, a partir de las invasiones de principios del siglo V, demuestra cada vez más su incapacidad para asegurar su defensa y que ha tenido que abandonar a su suerte provincias enteras.

Se entrega, pues, la población a la protección de los poderosos, que en el siglo V llegan a tener ejércitos y cárceles privados y que les protegen de los recaudadores, o se dedica al bandidaje, o se refugia en la Iglesia, y el desarrollo del monasticismo se explica en buena parte por este fenómeno, o bien organiza revueltas sociales: los movimientos bagaudas de Galia e Hispania hacia mediados del siglo V, o los *circumcelliones,* jornaleros agrícolas que se habían unido a los disidentes cristianos donatistas, en Africa.

En occidente se levantaron voces proclamando que era mejor la vida entre los bárbaros que seguir soportando los impuestos romanos, y esto lo decían hombres de la Iglesia, como el presbítero Salviano de Marsella o el historiador Orosio. Algunos lo pusieron en práctica, como el romano que vivía entre los hunos de que nos habla Prisco, o los desesperados campesinos panonios que se unieron a las huestes bárbaras que se abatieron sobre Occidente en el 406, saqueando las provincias occidentales.

La Iglesia también desertaría. Los Padres Griegos no hicieron nunca críticas tan duras al Estado romano comparables a las de Orosio, Agustín, Salviano, Jerónimo, Ambrosio, Sulpicio Severo y un etcétera más largo, que seguía hablando del castigo divino sobre la Roma pecadora. Los desastres militares, se puede decir que desde Adrianópolis, y la conciencia del fin, sentida tanto por cristianos como por paganos, sobre todo tras el saqueo de Roma por Alarico en el 410, llevaron a la Iglesia por derroteros más *espiritualizados* —la *Ciudad de Dios*—, desenganchándose de la suerte de la ciudad mundana e incluso tendiendo un puente hacia los nuevos *príncipes* bárbaros.

La autoridad imperial desapareció en el 476, después de medio siglo de intrigas de Corte, intereses personales, de acción egoísta y ciega de poderes contra el poder imperial, y, sobre todo, en medio del derrotismo general, que, como señalaba Momigliano, pavimentó el camino de los invasores bárbaros.

Llegan los bárbaros

Por José Manuel Roldán Hervás
Profesor de Historia Antigua. Universidad de Granada

LA política de expansión que la República romana emprendió a partir del siglo II a. C. fuera de las fronteras de Italia tuvo como consecuencia la creación de un Imperio que terminó por incluir toda la cuenca del Mediterráneo dentro de su esfera de dominio.

Este Imperio era tan poco homogéneo como los impulsos que a lo largo de dos siglos le habían dado vida, y sólo con Augusto recibieron una sistematización ideológica y concreta. Ideológica, en cuanto a la propia concepción de *imperio* como mundo civilizado bajo la soberanía romana, separado de pueblos exteriores bárbaros; concreta, al quedar definido por unas fronteras que debían defenderlo precisamente de esos pueblos real o potencialmente hostiles.

Después de acabar con los focos de resistencia interiores que aún se oponían a la soberanía romana —como los cántabros y astures en la Península Ibérica o las tribus sálasas de los Alpes—, y tras fracasados intentos de someter a las tribus germanas del Rin al Elba, Augusto, con una prudente valoración de las fuerzas romanas, detuvo el avance anexionista y fijó las fronteras de dominio, en lo posible, en límites naturales que por sí solos constituyeran ya una barrera fácilmente defendible. Fueron éstos: en el norte, los cursos del Rin y el Danubio; en el este y sur, el Eufrates y los desiertos de Arabia y Africa.

La orientación defensiva del Imperio supuso también la transformación del instrumento que lo había hecho posible, el ejército, que ahora, profesionalizado y reducido en sus efectivos, recibió como función fundamental la protección de estos límites. El ejército imperial fue, pues, a partir de Augusto un ejército de fronteras, establecido en cuarteles permanentes a lo largo de los márgenes de dominio.

Los sucesores de Augusto apenas variaron esta concepción política sino para asegurarla con conquistas que sirvieran de glacis protectores: así se incluyó dentro del Imperio Britania, el espacio entre los cursos superiores del Rin y el Danubio —los *agri decumates,* en la región del Neckar— y la Dacia, al norte del curso inferior del Danubio.

También se fortaleció aún más su defensa; allí donde no existían fronteras naturales, como el océano, el desierto o cursos fluviales suficientemente amplios, se levantaba un complejo sistema de obras militares: campamentos, castillos, torres de vigilancia, puestos fortificados y barreras de obstáculos —empalizadas, muros y fosos— eran las instalaciones fundamentales de un *limes* o frontera de protección del mundo romano frente a un espacio exterior con el que, en cualquier caso, se mantuvieron contactos permanentes.

Los bárbaros, al servicio del Imperio

En efecto, el *limes* no era sólo una frontera, en el sentido de que no separaba completamente dos mundos hostiles entre sí. Era también un lugar de contacto entre romanos y bárbaros, un mercado y una avanzadilla de colonización de doble dirección: por un lado, los límites romanos progresaron cada vez más lejos con la extensión de la administración provincial y de la organización municipal a los nuevos territorios. Por otro, existió una continua infiltración de bárbaros que llegaban a territorio romano en calidad de siervos domésticos y luego también como auxiliares del ejército asentado en esos mismos límites.

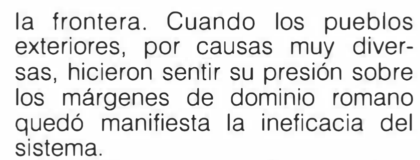


Legionarios romanos custodian a un prisionero bárbaro (detalle de la fachada sur del arco de Constantino, Roma)

Surgió así en la frontera una vida común entre romanos y germanos que concretamente en el Rin dio lugar a una forma especial de cultura provincial romana. Todavía más, la política de defensa llevó a la creación de marcas protectoras o Estados clientes en el Rin y Danubio, que aceptaron de Roma la obligación de defender la frontera y se convirtieron, al mismo tiempo, en activo escenario de intercambio comercial, utilizado por los mercaderes romanos como trampolín para extender sus actividades económicas mucho más allá, hasta el mar Báltico y Escandinavia.

Pero también se sirvió el Imperio, cada vez en mayor medida, de los

servicios de los bárbaros para fines militares. La inclusión de germanos en las tropas auxiliares, instituida en costumbre desde los propios comienzos del Imperio para su utilización en países extranjeros, fue desembocando con el tiempo en una *conscripción local,* es decir, en la leva de indígenas para servir en unidades establecidas en el propio lugar de reclutamiento.



En la segunda mitad del siglo II no sólo se siguió empleando a bárbaros a título individual encuadrados en unidades romanas: tribus enteras fueron usadas como aliadas para la defensa regular de las fronteras y para la lucha contra unidades germánicas enemigas.

Esta utilización se extendió también al terreno económico. La falta de mano de obra en el campo, en la frontera danubiana, como consecuencia de guerras y epidemias, fue compensada desde la época de Marco Aurelio por el asentamiento de colonos germanos que recibieron parcelas para el cultivo de los campos de estas provincias fronterizas. En una gran medida, pues, la fuerza de trabajo agrícola y la defensa de las fronteras septentrionales estuvieron en manos de grupos étnicamente afines a los establecidos al otro lado, más allá de la esfera de dominio romano.

La concepción defensiva del Imperio se basaba, sin embargo, en un presupuesto falso: el de la inmovilidad de las condiciones al otro lado de la frontera. Cuando los pueblos exteriores, por causas muy diversas, hicieron sentir su presión sobre los márgenes de dominio romano quedó manifiesta la ineficacia del sistema.

En la frontera reno-danubiana, el mundo germánico transformó sus estructuras tribales pequeñas y fragmentadas por grandes confederaciones que, desde sus primitivas sedes, se pusieron en movimiento, bien por presión de otros pueblos, bien por la necesidad de hallar lugares de habitación con mayores recursos.

En el este del límite septentrional, los godos emigraron desde Escandinavia a Europa oriental hasta el mar Negro. Divididos en dos ramas, ostrogodos (godos *brillantes)* y visigodos (godos *sabios),* se establecieron, respectivamente, en Ucrania y en el bajo Danubio. Otro pueblo, el de los vándalos, desde Silesia, llegó a la falda oriental de los Cárpatos, y un tercer grupo, los burgundios, se asentó en la región situada entre el Oder medio y el curso central del Vístula.

Más al Occidente, del Danubio medio al Rin, otros pueblos germánicos comenzaron ya desde mediados del siglo II a hacer sentir su inquieta presencia en la frontera del Imperio: marcomanos y cuados en el Danubio, alamanes sobre el *limes* germánico inferior, francos y sajones en el renano.

Las migraciones de pueblos ubicados en el



Estela funeraria de un legionario romano (Museo Nacional de Budapest)



Presunta cabeza de Alarico (Museo de las Termas, Roma)

Báltico, que empujaron a los godos hacia el mar de Azov, repercutieron de rechazo sobre todo el mundo germánico, que se puso en movimiento hacia el oeste atraído por las riquezas del Imperio, pero también por la necesidad de alimentar a una población que en sus sedes originarias a duras penas podía subsistir.

La firmeza de Marco Aurelio y luego de Septimio Severo lograron conjurar en la segunda mitad del siglo II y comienzos del III el múltiple peligro, pero en los decenios siguientes las dificultades internas del Imperio contribuyeron a hacer peligrosamente vulnerables las fronteras, seriamente amenazadas por pueblos que, asentados al otro lado de ellas, pasaron al ataque.

Mientras los pictos en Escocia asaltaban el muro de Adriano en el norte de Gran Bretaña, en el otro extremo del Imperio las tribus del desierto irrumpían en las provincias orientales y africanas. Pero fue sobre todo el *limes* septentrional el que, quebrado por múltiples puntos, contempló la irrupción de pueblos que, sin encontrar resistencia, extendieron sus correrías por el interior del Imperio.

En Occidente, los sajones, en sus barcos piratas, saquearon las costas del Atlántico, los francos atravesaron la Galia llegando hasta Hispania y los alemanes penetraron en Italia hasta Pavía.

Sin embargo, fueron más cargadas de consecuencias las correrías de los godos, los más peligrosos y devastadores de los pueblos invasores, que en repetidas ocasiones atravesaron el Danubio para extenderse por las provincias orientales de Mesia, Tracia y Grecia y castigar con incursiones piráticas las costas del mar Negro, los Estrechos y el Egeo.

La larga serie de emperadores que se sucedieron en el trono de Roma durante el siglo III trataron entre dificultades de todo tipo de hacer frente al múltiple peligro y algunos de ellos murieron combatiendo contra los bárbaros, como Decio en 251. En ocasiones se renunció a la lucha frente al soborno y el pacto. La retirada de los invasores fue así comprada a precio de oro o pactada mediante el asentamiento de grupos de bárbaros como colonos dentro de las fronteras del Imperio.

La presión, especialmente fuerte en la frontera reno-danubiana, fue todavía más acuciante por el simultáneo empeoramiento de la situación en el límite oriental del Imperio, que, al obligar a acudir a dos frentes simultáneos, debilitó la capacidad de defensa de las armas romanas.

Hasta el primer cuarto del siglo III, Roma había logrado, bien que mal, proteger Oriente frente al secular enemigo, extendido al otro lado del Eufrates: el reino parto. La estructura interna débil de la monarquía y la indisciplina de la nobleza parta se aliaron con Roma, que si en ocasiones sufrió derrotas, en otras impuso su voluntad sobre el adversario oriental, arrebatándole incluso regiones limítrofes de su imperio. Así, Trajano consiguió crear una provincia de Mesopotamia hasta el Tigris que, aunque abandonada por su



Soldados romanos en un detalle de la columna de Teodosio I, Estambul

sucesor, fue de nuevo recuperada por Septimio Severo.



Esta situación sufriría un violento giro en el primer cuarto del siglo III, cuando un movimiento nacional iranio dirigido por un descendiente de los Aqueménides acabó con el reino parto e instauró la nueva dinastía Sasánida.

Lleno de espíritu agresivo, centralista y patriota, unido por el fanatismo de la intolerante religión mazdeísta, el reino persa se erigió en enemigo irreductible del Imperio romano. Las fronteras orientales fueron continuamente atacadas y las armas romanas se replegaron.

Pero el desastre tendría lugar en el 260, cuando el propio emperador romano, Valeriano, fue derrotado y hecho prisionero por el *Gran Rey* Sapor I, que se enorgullecería en relieves rupestres de su hazaña al representar al emperador arrodillado humildemente ante él, jinete a caballo.

La general inseguridad creó miedo, y provincias y ciudades buscaron en la autodefensa su salvación ante la impotencia del Gobierno central. Muchas ciudades se rodearon de murallas y la propia Roma se parapetó tras un recinto de fortificaciones durante el reinado de Aureliano.

El Imperio se disgregó; las regiones periféricas, abandonadas a su suerte, se separaron del poder central y en manos de usurpadores se prestaron a la defensa: surgieron así un Imperio paralelo en las Galias y un principado independiente en la ciudad caravanera de Palmira, en el desierto sirio.

Las defensas del Bajo Imperio

Problemas económicos y sociales, inestabilidad política, crisis ideológica y presiones exteriores, que con sus profundas sacudidas recorren gran parte del siglo II, no fueron suficientes para acabar con el edificio imperial.

A finales de siglo, preparado por una serie efímera pero enérgica de emperadores surgidos de las filas del ejército, llega al poder Diocleciano, que con sus reformas volverá a dar estabilidad —bien que con bases profundamente distintas— al Imperio. Pero entre tanto éste ha sufrido mutilaciones en sus límites: se abandona la región del Neckar, lo mismo que la provincia transdanubiana de la Dacia, y la frontera en el norte regresa a la línea primitiva Rin-Danubio.

Desde la segunda mitad del siglo ha ido desarrollándose un nuevo ejército que recibe con Diocleciano y Constantino su imagen definitiva tal como la conocemos gracias a un curioso elenco de efectivos, la *Notitia Dignitatum*.

El principio del nuevo ejército se basa en la diferenciación entre tropas de frontera y tropas de maniobra. Las primeras, los *limitanei*, estacionadas a lo largo de las fronteras, mantienen el principio defensivo del Alto Imperio. Sus efectivos se reclutan en la región de estacionamiento y están colocadas a lo largo de una complicada línea de defensa, el *limes*, jalonada de obras defensivas y *castella* o fortalezas. Con mucha frecuencia se trata de soldados-colonos, es decir, agricultores a los que se asignan tierras en razón de su servicio de armas. En ocasiones se trata de grupos enteros bárbaros, los *laeti*, a los que se conceden tierras con el compromiso de defenderlas frente a los bárbaros del exterior.

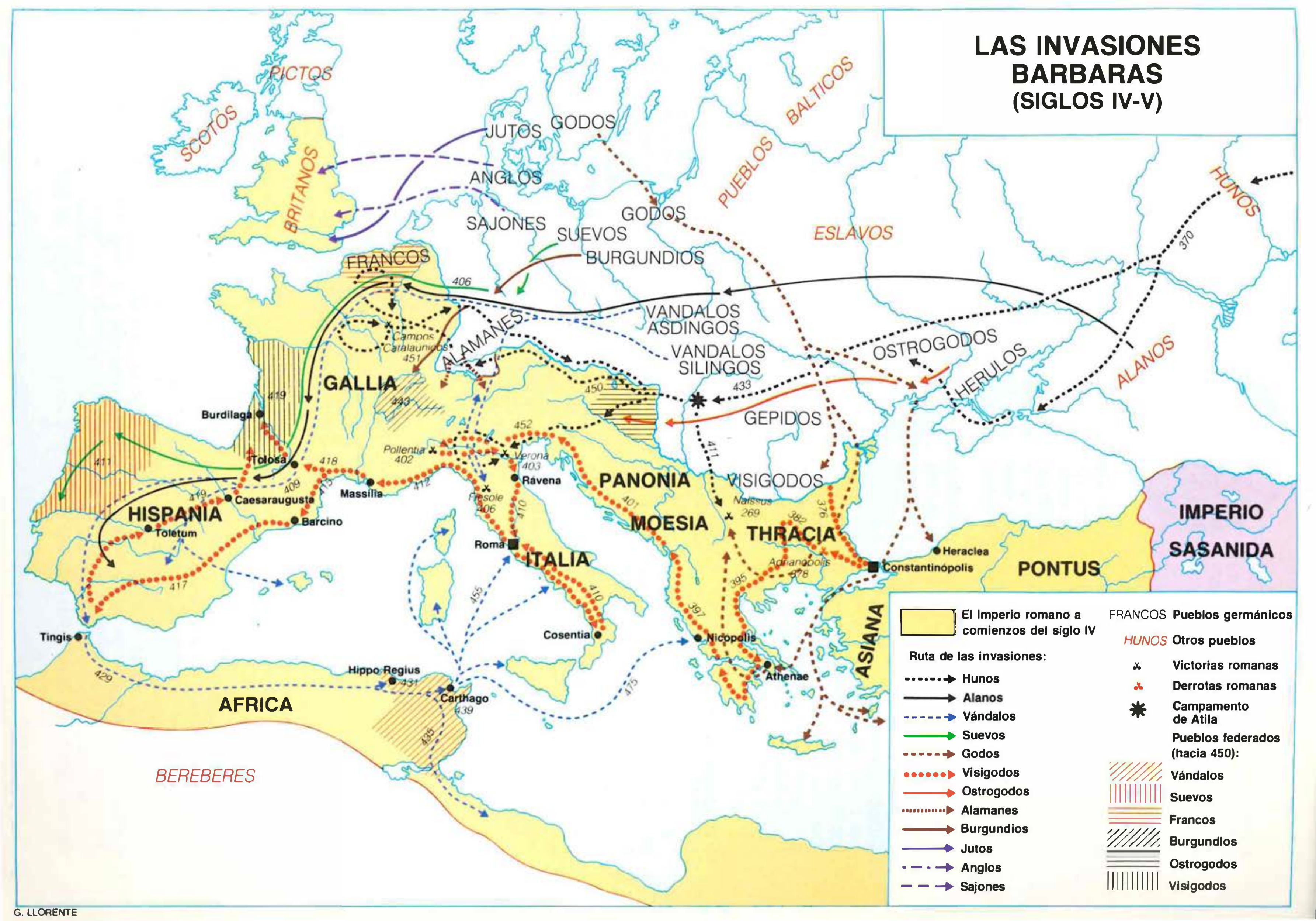
Pero estas tropas generalmente son consideradas poco fiables y, por ello, el peso de la defensa descansa sobre el ejército de campaña, en tiempos de calma, de guarnición a bastante distancia de la frontera. Se conocen con el nombre de *palatini* y *comitatenses*, ya que se consideran guardia imperial, que el propio emperador manda y dirige a los puntos que requieren su presencia.

La ligazón de las tropas fronterizas a sus lugares de acantonamiento, la pérdida de movilidad originaria de las reservas de *comitatenses*, las dificultades crecientes de reclutamiento, impracticable entre la población urbana y sólo posible con reticencias entre la población agrícola, abren el camino del ejército a los extranjeros instalados en territorio romano, a los bárbaros, que llenan sus filas y contribuyen a desarrollar un proceso inverso al que había tenido lugar en el Alto Imperio: el ejército no es ahora un elemento de romanización, sino de barbarización, que no sólo afecta a los cuadros inferiores, sino a la oficialidad y, en ocasiones, al alto mando.

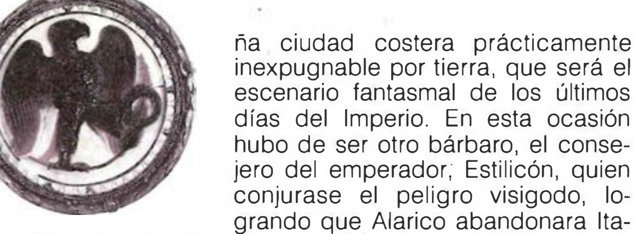
A partir de finales del siglo IV, los grandes jefes del ejército son de origen germánico y, a menudo, los personajes más influyentes del Imperio. Pero en todo caso este ejército, junto a las profundas reformas administrativas que inaugura Diocleciano y prosiguen sus sucesores, logra mantener la seguridad del territorio romano hasta la mitad aproximadamente del siglo IV.

Tras las conmociones del siglo III, los godos se habían estabilizado: los ostrogodos, asentados a ambas márgenes del Dnieper, bajo su rey Hermanarico, hacia el 350 formaron un reino de gran extensión en las fértiles estepas de la Rusia meridional. Por su parte, los visigodos, aunque más inquietos, se asentaron como vecinos inmediatos del Imperio romano, al oeste de los ostrogodos, en la antigua provincia de Dacia (la actual Rumania), al norte del Danubio.

Justamente en este momento una conmoción, procedente del corazón de Asia central, desencadenó una amplia migración de pueblos. Los *hung-nu*, o hunos, tras amenazar durante mucho tiempo China, emprendieron el camino de Europa. Pueblos jinetes, de origen incierto, bajo la presión de condiciones demográficas o económicas desfavorables, dotados de una fuerza expansiva tan fulgurante como efímera, tras fundirse con los alanos de la región del Caspio, chocaron de lleno al cruzar el Don con los ostro-


LAS INVASIONES BARBARAS (SIGLOS IV-V)
PICTOS
SCOTOS
BRITANOS
JUTOS
GODOS
ANGLOS
SAJONES
GODOS
SUEVOS
BURGUNDIOS
FRANCOS
PUEBLOS BALTICOS
ESLAVOS
HUNOS
370
406
VANDALOS ASDINGOS
VANDALOS SILINGOS
ALAMANES
OSTROGODOS
HERULOS
ALANOS
Campos Cataláunicos
451
GALLIA
443
450
433
GEPIDOS
419
Burdilaga
452
Pollentia 402
Verona 403
Ravena
Tolosa
418
411
409
419
Caesaraugusta
415
Massilia
412
Fiesole 406
410
PANONIA
401
VISIGODOS
Naissus 269
382
376
HISPANIA
Toletum
Barcino
MOESIA
THRACIA
Heraclea
Constantinópolis
Adrianópolis 378
395
Roma
ITALIA
417
455
410
Cosentia
397
Nicopolis
Athenae
PONTUS
IMPERIO SASANIDA
ASIANA
Tingis
429
Hippo Regius
431
Carthago
439
475
AFRICA
435
BEREBERES
El Imperio romano a comienzos del siglo IV
Ruta de las invasiones:
Hunos
Alanos
Vándalos
Suevos
Godos
Visigodos
Ostrogodos
Alamanes
Burgundios
Jutos
Anglos
Sajones
FRANCOS Pueblos germánicos
HUNOS Otros pueblos
Victorias romanas
Derrotas romanas
Campamento de Atila
Pueblos federados (hacia 450):
Vándalos
Suevos
Francos
Burgundios
Ostrogodos
Visigodos
G. LLORENTE

godos, cuyo reino saltó en pedazos, provocando la huida en masa de los supervivientes hacia el oeste sobre el Imperio.



Hacia el 375, los visigodos, derrotados también y empujados hacia Transilvania, pidieron al emperador romano tierras al sur del Danubio donde asentarse. El emperador Valente permitió en principio su instalación en Mesia, pero las precarias condiciones de vida a que se vieron sometidos en sus nuevos asentamientos provocaron la ruptura y la batalla frontal contra el ejército imperial, al que destruyeron el 9 de agosto del 378 ante los muros de Adrianópolis, donde el propio emperador perdió la vida.

La derrota de las legiones romanas permitió a los visigodos esparcirse sin resistencia por los Balcanes, arrasando todo a su paso, y avanzar hacia Constantinopla. En la precaria situación, al Gobierno imperial no le quedó otro remedio que pactar en la persona de Teodosio: los visigodos fueron admitidos en masa en el Imperio, no a título individual como se había hecho hasta el momento, sino como pueblo. Aceptan el estatuto de federados y se les establece en la Mesia inferior, entre el Danubio y los Balcanes.

Las invasiones del siglo V

El respiro fue de corta duración. A la muerte de Teodosio, la división del Imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio y las rencillas e intrigas de corte de los sucesivos *hombres fuertes* de ambas *partes* independientes del Imperio —Rufino y Eutropio en Oriente, Estilicón en Occidente— despertaron de nuevo la iniciativa de las federaciones germánicas que, de modo casi sistemático, tuvieron como meta el Imperio de Occidente.

Muchas razones explican esta descarga selectiva, mientras Oriente logra verse libre de las abrasadoras olas de los pueblos invasores. En primer lugar, el punto de partida geográfico que miraba como objetivo el Danubio y el Rin, es decir, el Occidente. También la propia diplomacia de Constantinopla, que supo de diferentes modos desviar las migraciones hacia el oeste, y no en último lugar la mayor cohesión política, militar y económica del Imperio de Oriente, cuya capital, Constantinopla, era una fortaleza inexpugnable. Así, cuando el año 397 los visigodos conquistaron Atenas y Corinto y ocuparon el Peloponeso, el emperador de Oriente, Arcadio, otorgó al pueblo en calidad de federado el derecho a asentarse en el Epiro, muy lejos del centro del Imperio, con costas al Adriático.

El camino de Occidente parecía así abierto a los visigodos que, de acuerdo con el plan de Constantinopla, al mando de su rey Alarico, invadieron Italia en el 401 y pusieron sitio a la propia sede del Gobierno imperial, Milán. El emperador Honorio trasladó la Corte a Rávena, una pequeña ciudad costera prácticamente inexpugnable por tierra, que será el escenario fantasmal de los últimos días del Imperio. En esta ocasión hubo de ser otro bárbaro, el consejero del emperador, Estilicón, quien conjurase el peligro visigodo, logrando que Alarico abandonara Italia para instalarse en el Save.

Pero no eran los visigodos los únicos enemigos del Imperio. Empujados por los hunos, en el 405 otros pueblos golpeaban sus puertas por el debilitado frente del Danubio y el Rin. Ese año, una banda de ostrogodos pudo ser aún aniquilada por Estilicón en Fiessole, cuando ya se encontraba dentro de Italia. Pero la noche de San Silvestre del 406 una heterogénea masa de hordas bárbaras —vándalos, alanos y suevos— atravesaron el Rin, seguramente por la región de Maguncia, y se desparramaron a sangre y fuego por la Galia, sometiéndola a saqueo durante tres años, hasta alcanzar, en el 409, el Pirineo e irrumpir en España. En esta nueva sede, asentados en pequeños grupos en Galicia, la Meseta y Andalucía, se acomodaron provisionalmente con la población autóctona hispanorromana.

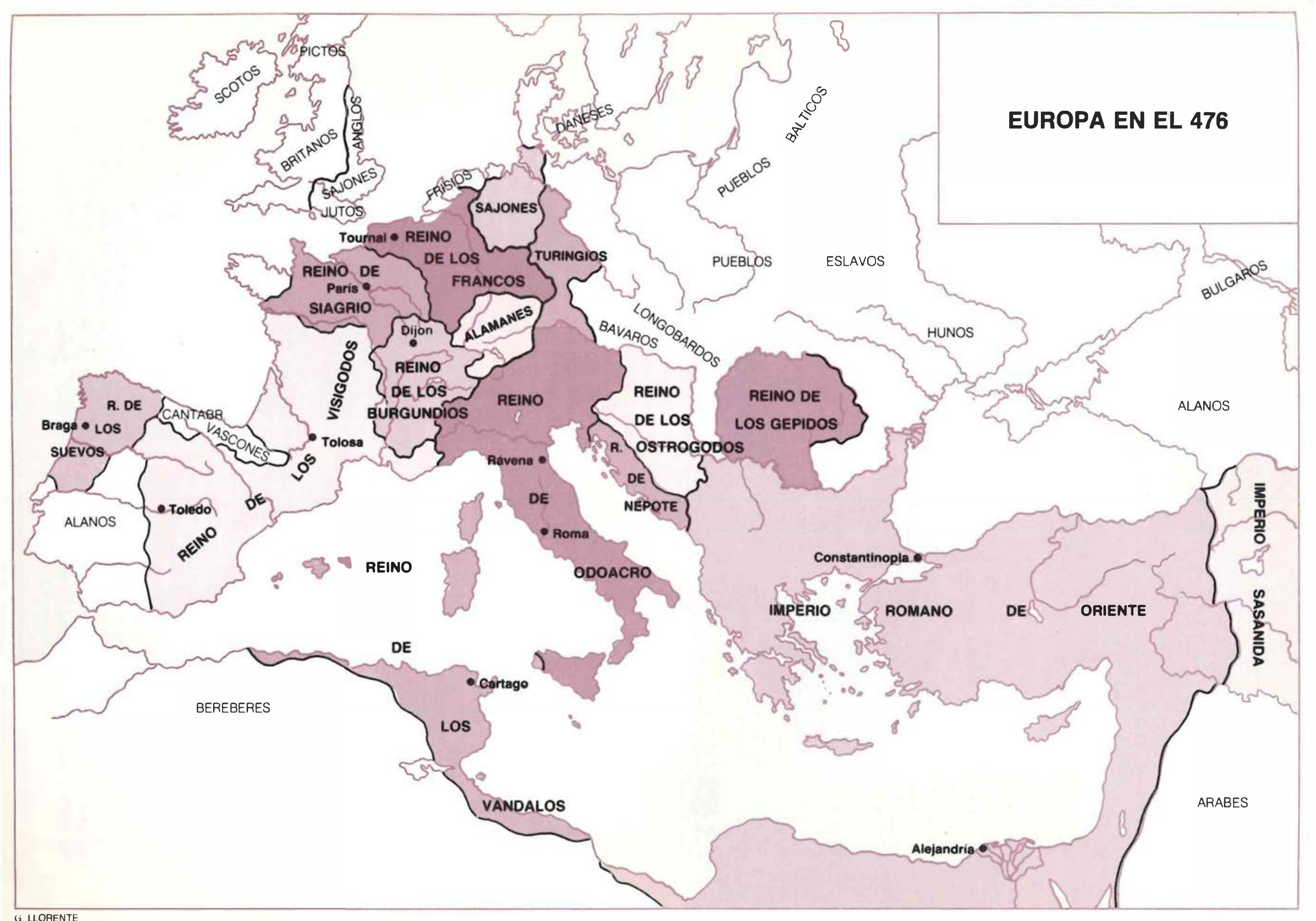
Mientras tanto se había producido la evacuación de Britania, donde el jefe del ejército de guarnición, al ser proclamado emperador por sus tropas, pasó al continente a disputar el trono al legítimo soberano, dejando la isla abandonada a su suerte. Y la debilitación del frente del Rin permitió el paso de otro pueblo germano, el de los burgundios, que, asentados en la comarca de Worms, lograron finalmente su reconocimiento como federados.

La caótica situación producida por el derrumbamiento de las defensas y la consiguiente incertidumbre en el interior del Imperio se vio aún potenciada por las suicidas intrigas de Corte que llevaron al asesinato en Rávena de Estilicón, el único hombre fuerte que había entregado sus esfuerzos a conjurar el peligro bárbaro.

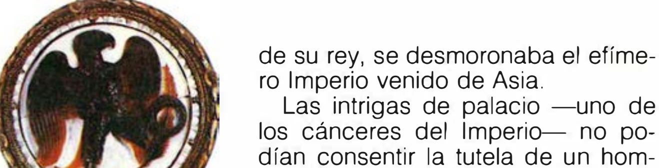
Su desaparición alentó de nuevo a los visigodos a ponerse en movimiento hacia Italia, recorrida una y otra vez por las bandas de Alarico. Ni siquiera Roma, el símbolo más sagrado del Imperio, logró salvarse de la ola de terror. El 24 de agosto del 410, después de haberla tenido dos veces a su merced los dos años precedentes, el rey visigodo entró con sus hordas en la ciudad y la sometió a saqueo durante tres días. El mundo se conmocionó ante la increíble noticia. Entre el botín figuraba la propia hermana del emperador, Gala Placidia.

No era Italia lo que interesaba a Alarico, sino las amplias llanuras de Africa, donde esperaba asentar a su pueblo. El plan fracasó y a la muerte del rey visigodo, su sucesor, Ataúlfo, condujo a los visigodos a la Galia, apoderándose del sur del país, de Narbona a Burdeos.

La corte espectral de Rávena, entre continuas usurpaciones y correrías de bárbaros, aún tuvo


EUROPA EN EL 476
PICTOS
SCOTOS
BRITANOS
ANGLOS
SAJONES
JUTOS
DANESES
BALTICOS
PUEBLOS
FRISIOS
SAJONES
Tournai
REINO DE LOS FRANCOS
TURINGIOS
PUEBLOS
ESLAVOS
BULGAROS
REINO DE
París
SIAGRIO
Dijon
ALAMANES
LONGOBARDOS
BAVAROS
HUNOS
VISIGODOS
REINO DE LOS BURGUNDIOS
REINO
REINO DE LOS OSTROGODOS
REINO DE LOS GEPIDOS
ALANOS
R. DE
Braga
LOS
SUEVOS
CANTABR.
VASCONES
Tolosa
LOS
Rávena
R. DE NEPOTE
DE
Toledo
DE
ALANOS
REINO
Roma
Constantinopla
REINO
ODOACRO
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
IMPERIO SASANIDA
DE
Cartago
BEREBERES
LOS
VANDALOS
ARABES
Alejandría
G. LLORENTE

fuerzas para movilizar un ejército que, dirigido por el general Constancio, volvió a estabilizar la situación en la Galia. Los visigodos, tras la muerte de Ataúlfo y un segundo intento fracasado de pasar a Africa a través del estrecho de Gibraltar, fueron asentados como federados del Imperio en Aquitania.



La situación en Hispania era mientras tanto caótica: los visigodos, como federados imperiales, habían logrado arrinconar a los invasores de 409 en el ángulo noroeste de la Península. Pero desde la Bética, los vándalos, acaudillados por Genserico, consiguieron finalmente, en mayo del 429, atravesar el estrecho y extenderse por Africa.

Las defensas romanas se derrumbaron y las principales ciudades cayeron en manos de los vándalos. En una de ellas, Hippo Regio, moriría durante el asedio San Agustín.

El Gobierno romano intentó mantener un vacío principio de autoridad autorizando su establecimiento como federados, pero, tras la conquista de Cartago, Genserico consiguió la independencia y surgió así el primer Estado germano soberano en el suelo del Imperio. Roma había perdido para siempre el vital granero de Africa.

La agonía del Imperio de Occidente

El largo reinado de Valentiniano III (425-455) es el último de un emperador que merezca este título y en él se decidirá prácticamente la suerte del Imperio romano de Occidente, suerte ligada durante gran parte de su reinado al generalísimo Aecio, consagrado a la defensa de la pieza maestra del Imperio, la Galia.

Por la brecha abierta en el 407 se habían extendido en la región distintos pueblos bárbaros: alemanes, burgundios, francos, bretones y visigodos que, con la inseguridad creada por bandas de salteadores, los bagaudas, sacudían una y otra vez a las antes florecientes provincias galas.

Aecio acudió a todos los frentes, taponando brechas, frenando avances y logrando en ocasiones éxitos como el que tuvo por escenario el *Campus Mauricus* (los llamados Campos Cataláunicos) contra los hunos de Atila.

Aecio había logrado alejar durante diez años a los hunos hacia los Balcanes e incluso tropas mercenarias de estos bárbaros asiáticos habían estado a su servicio. Pero las intrigas entre las dos Cortes del Imperio y la debilidad del Gobierno imperial de Occidente decidieron finalmente el rey huno, el *azote de Dios*, como gustaba llamarse, a franquear el Rin y extender sus *raids* a sangre y fuego —a pesar del mencionado descalabro infligido por Aecio— hasta Italia.

Sólo el papa León I logró disuadir a Atila de saquear la Ciudad Eterna. Los hunos abandonaron Italia y poco después, con la muerte súbita de su rey, se desmoronaba el efímero Imperio venido de Asia.

Las intrigas de palacio —uno de los cánceres del Imperio— no podían consentir la tutela de un hombre fuerte y Aecio cayó asesinado a manos del emperador en el 454; un año después corría la misma suerte el propio Valentiniano.

El último estertor del Imperio de Occidente es demasiado sórdido para merecer una descripción detallada: Roma saqueada de nuevo por los vándalos de Genserico, desembarcados desde Africa en las bocas del Tíber; la Galia desmembrada entre los distintos poderes bárbaros; la Península Ibérica, campo de lucha entre suevos y visigodos; Africa, en manos de los vándalos; Italia, último reducto del Imperio, juguete de Constantinopla y de un suevo, Ricimero, que entroniza y depone a su antojo emperadores de paja.

Su muerte, en el 472, precipita el final: el último ejército bárbaro al que el Imperio había confiado su defensa, descontento por su sueldo y deseoso de tierras, da el título de rey a su jefe, el esciro Odoacro, que, tras asignar una residencia en Campania al último emperador, Rómulo Augústulo *(el pequeño Augusto* por su corta edad), ni siquiera piensa en ocupar su puesto.

El Senado romano, obligado por Odoacro, que sólo quería tierras para sus soldados, rogó al soberano de Oriente, Zenón, que se proclamara único emperador, y le remitió las insignias imperiales. Oscura y silenciosamente desaparecía así en el Occidente del Mediterráneo el último símbolo del dominio que siete siglos antes había comenzado a cimentar la ciudad del Tíber.

En el otro extremo del Imperio, la *nueva Roma,* Constantinopla, enfrentada a eslavos y persas y, más tarde, a los estandartes verdes del Profeta, mantendrá aún otros diez siglos la ficción, si no la realidad, del edificio político más duradero de la historia.

Bibliografía

AA. VV., *Der Untergang der römischen Welt,* Darmstadt, 1969. P. Brown, *The World of Late Antiquity,* London, 1971. J. Fernández Ubiña, *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo,* Madrid, 1982. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602,* Oxford, 1964. S. Mazzarino, *El fin del mundo antiguo,* México, 1961. L. Musset, *Las invasiones. Las oleadas germánicas,* Barcelona, 1967. A. Momigliano, Ed., *The conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century,* Oxford, 1963. J. Vogt, *La decadencia de Roma. Metamorfosis de una cultura antigua,* Barcelona, 1968.

Broche de cinturón, siglo VI, procedente de Duraton (Museo Arqueológico de Barcelona)

Invasiones y asentamientos germanos durante los siglos IV y V

Imperio romano

Fronteras entre el Imperio romano de Oriente y el de Occidente desde 395

Territorios en que se establecen los germanos como federados sobre suelo romano

Cronología

250. Edicto de Decio que decide la persecución del cristianismo.

260. El emperador Valeriano, prisionero de los bárbaros.

272. El imperio pierde el territorio de la Dacia.

274. Aureliano impone el culto solar como oficial del Imperio.

284. Diocleciano, proclamado emperador.

290. Problemas militares e insurrecciones agrarias en varias regiones.

296. Persecución contra los maniqueos.

297. Fin de la lucha contra los persas. Maximiano y Constancio, nombrados colaboradores del emperador, gobiernan Occidente.

303. La persecución contra los cristianos alcanza su mayor intensidad.

305. Abdicación de Diocleciano y Maximiano. Galerio y Constancio, nombrados augustos; Maximiano y Severo, césares. Inicios de la lucha por el poder exclusivo.

306. Muerte de Constancio I. El ejército de la Galia proclama augusto a Constantino. Los pretorianos proclaman emperador a Majencio, hijo de Maximiano.

307. Derrota militar y ejecución de Severo. Maximiano, nuevamente nombrado augusto.

308. Diocleciano preside la reunión de Carnunto, que nombra augustos a Licinio y Galerio, y césares a Constantino y Maximiano.

310. Muerte de Maximiano y de Galerio.

311. Edicto de tolerancia con respecto a la religión cristiana.

312. Constantino vence a Majencio en la batalla de Puente Milvio.

313. Edicto de Milán, que proclama la legalidad de la religión cristiana. Constantino, aliado con Licinio, derrota a Maximino. El primero gobierna a Occidente y el segundo Oriente.

316. Inicio de guerras y conflictos generalizados entre ambas partes del Imperio.

325. Derrota y muerte de Licinio. Constantino, único emperador. Fundación de la ciudad de Constantinopla, nueva capital del Imperio. Decadencia de las regiones occidentales.

330. Acuñación oficial de moneda con símbolos cristianos.

332. Importante legislación acerca del régimen de explotación agraria.

337. Muerte de Constantino y reparto del Imperio entre sus hijos: Constante, Constantino II y Constancio.

340. Guerra civil y conflictos exteriores: Constancio II en Oriente, contra los persas; Constante en Occidente, contra los pueblos fronterizos, tras la muerte de Constantino II.

345. Represión del paganismo. El arrianismo, oficialmente favorecido.

350. Formación de un reino ostrogodo a orillas del Dniéper.

353. Constancio II vence al usurpador Magencio, y confía en 355 el gobierno de Occidente a su sobrino Juliano.

361. Muerte de Constancio y reinado de Juliano, hasta 363. A su muerte, fin de la dinastía constantiniana.

364. El general Valentiniano es proclamado emperador por sus soldados y gobierna Occidente. Su hermano Valente lo hace en Oriente. Presiones en la frontera y recuperación de las creencias paganas.

370. Abolición de la legislación religiosa de Juliano. Definitiva separación administrativa entre las dos partes del Imperio.

375. A la muerte del emperador, le heredan sus hijos Valentiniano y Graciano. El general Teodosio, asociado al poder. Los godos, federados de Roma, establecen un Estado junto al Danubio.

378. Derrota de Adrianópolis frente a los bárbaros. Muerte en combate del emperador Valente.

380. Persecución de arrianos y judíos.

383. Sublevación en Britania de Máximo. Asesinato de Máximo. Máximo, tras dominar Hispania y la Galia, es reconocido como emperador por Teodosio, que gobierna Oriente. Valentiniano II, menor de edad, gobierna Italia y la costa de Dalmacia.

387. Máximo invade Italia. Valentiniano II se refugia en Constantinopla.

388. Derrota y muerte de Máximo en Italia, debido a la acción de Teodosio.

390. Reunión de Teodosio con Ambrosio de Milán: sumisión de la autoridad civil a la eclesiástica.

392. Muerte de Valentiniano II en la Galia. El franco Arbogasto proclama emperador a Eugenio e invade Italia, pero es derrotado y mueren ambos. Teodosio, único emperador. Barbarización del ejército.

395. Muerte de Teodosio. El Imperio, repartido entre sus dos hijos: Honorio gobierna Occidente, y Arcadio Oriente. Los visigodos ocupan Atenas, Corinto y el Peloponeso.

401. Los visigodos invaden Italia al mando de Alarico, sitiando a Milán, la sede imperial. Honorio traslada la Corte a la ciudad de Rávena.

405. Empuje de los pueblos bárbaros en las líneas del Rin y del Danubio.

406. Vándalos, suevos y alanos penetran en la Galia.

409. Entrada de estos pueblos en la Península Ibérica.

410. Tras varias incursiones anteriores, Alarico ocupa y saquea Roma.

425. Reinado de Valentiniano III. Los vándalos ocupan el Magreb. En la Galia, alanos, francos y burgundios aliados de Roma.

451. Los romanos y sus aliados derrotan en los Campos Catalaúnicos a los hunos mandados por Atila.

455. Muerte de Valentiniano. Le suceden emperadores meramente nominales, como Mayoriano, Antemio y otros. El suevo Ricimero, verdadero dueño del poder.

472. Muerte de Ricimero y precipitación del hundimiento del Imperio de Occidente.



Emperador Teodosio

476. Odoacro depone a Rómulo Augústulo, último emperador, y se erige como gobernante de Italia. Masiva penetración de los pueblos germánicos en los territorios occidentales. En Oriente, el Imperio Bizantino se mantendrá hasta el año 1453, en que cae ante el poderío turco.